
OVC
91

Fernando M.a Guerrero.

CRISALIDAS...

(POESÍAS)



MANILA

1914

Imp. y Lit. de J. Fajardo, Carriedo 326

A la santa memoria de mis padres y de mi pobre Carmen, tres corazones que me amaron mucho...

Fernando M.a Guerrero.

Manila, Junio 1914.

BREVEMENTE....

Mi casa lírica, la primera que ofrezco al público, está construida con materiales conocidos y sellados ya con la pátina del tiempo. A excepción del «Frontis,» que he respetado por su valor histórico y como indicación de un propósito literario del ayer, de «El Beso Santo» y de las décimas consagradas á López Jaena, que no me fué dado publicar por una serie de circunstancias, todo lo demás ha ido apareciendo en revistas y periódicos, según me lo dictaban las Musas y en momentos distintos de mi vida. Ni siquiera el título CRISÁLIDAS pertenece á una inspiración actual: también nació mientras tronaban los cañones en nuestra gran epopeya del 98.

Mi edificación, por consiguiente, se levanta del modo más humilde posible frente á las devociones líricas del elctor y al ceño adusto de los sacerdotes de la crítica.

Debo mi resolución de agrupar y coordinar tanto material disperso, á voces estimulantes de la amistad, pero de modo especialísimo á la de mi buen amigo, el poeta-médico Pacífico Victoriano, cuyo concurso tan leal y generoso me ha allanado más de la mitad del camino. A él y á mis queridos amigos Mariano Ponce, Andrés E. Rivero y Bernardo P. García, debo también la oportunidad de haber conseguido copias y recortes de muchos versos míos insertos en este volumen y cuyos originales dábalos ya por perdidos. A todos ellos, gracias. Tienen derecho á la sola recompensa que puedo discernirles: estampar cariñosamente sus nombres en este breve prólogo explicatorio

Con esto y con decir que, si el tiempo no me falta, pudiera seguir al presente otro rimero de «renglones cortos», pienso que está dicho cuanto trataba de comunicar sencillamente al público.

La más breve emoción que quien me lea experimente, será para mí un premio muchísimo mejor que los más rutilantes lauros ceñidos á frente humana. . . .

Junio, 1914. **Fernando M.a Guerrero.**

FRONTIS

De mis árboles mustios seca hojarasca
que yo entrego al capricho de la ventasca;
estrofas inarmónicas que van muriendo
á medida que el arpa las va plañendo;
gritos del sentimiento que se han nutrido
del dolor de la Patria y el pecho herido;
flores que, entre las ruinas de un cataclismo,
han brotado aquejadas de raquitismo;
amalgama de llantos y fibras rotas,
del alma adolescente cálidas notas:
tales son estos versos que yo confío
á los que quieran algo del estro mío.

—

Nadie busque en mis cantos el lindo esmalte
que á la obra del cerebro presta resalte:
mis rimas, que son frutos de mis dolores,
no despiden aromas ni resplandores.
Nacen, cuando no muertas, tristes y solas,
y, al hundirlas el tiempo bajo sus olas,
se apa.rtan del cordaje del arpa mía
sin deJar ni la estela de una armonía.
Yo mis mo, que mis penas jamás olvido,
recoger no quisiera, por no hacer ruido,
esas flores enfermas que, al fin, han muerto,

esas voces perdidas en un desierto,
del modo que se rompe, pierde y desmaya
la onda azul de los mares sobre la playa.
¡Ansia loca y estéril! ¡deseos vanos!
Aunque quiero olvidarlas, mis propias manos
van buscando anhelantes entre la escoria
rima y flor desprendidas de mi memoria,
tal vez para volverlas, como estuvieron,
á la cuerda ó al tallo de que cayeron,
y darlas nuevamente la esencia antigua,
la vibración de antaño ronca y exigua.

—

¡Quiera el Hado ampararlas en la tormenta
que sobre el patrio suelo muge y revienta,
y ojalá que las almas en que se escondan
á la voz de mis sueños pronto respondan!
¡El haga que, en mis días tristes y adversos,
fuljan sobre el nublado mis pobres versos!

—

Hoy los confío á todos, hoy los engarzo
en estas blancas hojas que al aire esparzo,
porque quiero que el fruto de mis desvelos
lo maduren calores de nuestros cielos
y sienta el beso leve de nuestras brisas
que suenan de las hadas como las risas....
. Mas ¡ay! que cuando el viento ruge más fuerte
y el cañón va sembrando ruinas y muerte,
el eco de una lira jamás alcanza
á oirse en el estruendo de la matanza;
las flores más hermosas caen sin vida,

busca el ave las selvas entristecida,
y en el aire asfixiante, más que la idea,
el acero homicida vibra y chispea. . . . .

—

¡Y bien!. . . Yo desafío los rudos vientos,
yo expongo á la vorágine mis pensamientos
y afronto los horrores del cataclismo
sin miedo á los zarpazos del despotismo,
aunque sé que, en la lucha y en el fracaso,
de un montón de *crisálidas* nadie hará caso. . .

Gerona, Tárlak, Diciembre 1899.



MI MUSA

En un ambiente de mortal tristeza
vive como los flores solitarias,
pero brilla en su pálida cabeza
el yelmo de las musas libertarias.

—

No rima en los momentos de batalla
del idílico amor la suave estrofa:
vibra, en lugar del tirso, ruda tralla
y le alienta al cobarde ó le apostrofa.

—

Mi musa es soberana: no se pliega
ante el peso brutal de su calvario,
ni, infidente ó estúpida, se entrega,
vendido su ideal, al vil denario.

—

Recibe en los altares del Derecho
la hostia de las ideas redentoras,
como recibe impávida en su pecho
las burlas canallescas y traidoras.

—

Con velos de ideal romanticismo,
flotando sobre el légamo y la escoria,
ó rueda con sus penas al abismo
ó sube con sus triunfos á la gloria.

Mi musa, como indígena, es morena;
ríe á la luz del sol de nuestro cielo,
y adornada con alas de falena
hacia el patrio Ideal tiende su vuelo.

—

¡Va al porvenir! La Libertad la inspira,
la espolea el vigor de nuestra raza
que pone en cada cuerda de su lira,
con el beso que premia, la amenaza.

—

Podrá tener sus horas de tristeza
mi musa pensativa y solitaria,
pero brilla en su pálida cabeza
el yelmo de la musa libertaria. . .



MIS IDEAS

I

En las pampas del cerebro
abonadas con tristezas,
con tristezas que son hijas
de ilusiones pasajeras,
brotan ahora desmedrados
bajo el palio de la niebla,
los capullos incoloros
de mis pálidas ideas,
tan ingratas como el cactus,
tan amargas cual la adelfa. . .
¡Oh mis tristes pensamientos!
¡Oh mis pálidas ideas,
mariposas del crepúsculo,
hipsipilas de la niebla!. . .

II

¡Es el trasgo de la noche
que á mi espíritu se acerca,
como boa subrepticia
á la carne de la presa!
¡Es el beso de la sombra
sobre el alma del poeta!

¡Es el hálito de Octubre
que amenaza ya á la selva
despojarla de sus hojas,
y sus nidos y sus yemas! . . .
¡Oh, las auras invernales
precursoras de la inercia!
¡Cómo tiemblan, cómo gimen
en la sombra mis ideas!. . . .

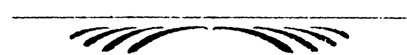
III

De mis versos que son lágrimas
de la musa de mis penas,
va extinguiéndose el suspiro
y muriendo la cadencia. . .
Mis panales están secos,
están tristes mis abejas,
mis abejas que labraron
su palacio en mi cabeza,
mis abejas de alas tenues
y sonoras cual la seda. . .
¡Oh mis rimas naufragadas
en el mar de mis tristezas!
¡Oh mis híblicos panales
sin la miel de mis abejas!

IV

Ante el ara de los genios
de las glorias de mi tierra,
como lámparas votivas

han ardido mis ideas;
mis ideas que desgarran
como *krises* de hoja tersa,
mis ideas que, aunque tristes,
tienen alma de protesta,
fibras vírgenes y duras
del *mulawen* de las selvas. . .
¡Oh las selvas de mi Patria
desoladas y sangrientas!. . .
¡Oh mis tristes sampaguitas!. . .
¡Oh mis pálidas ideas!. . .



MI PATRIA

Filipinas es un nido
formado de hermosas flores;
es un idilio de amores
sobre un mar embravecido;
es el delirio querido
que mi cerebro obsesiona;
es la impávida matrona
que, heredera de titanes,
tiene por solio volcanes
y centellas por corona.

—

Filipinas es la maga
cuyos oráculos santos
calman los lloros y espantos
del corazón que naufraga;
es vino cordial que embriaga
con su ardor la fantasía;
es hechizo que extasía,
y es, en fin, eterna palma
que un cielo henchido de calma
con sus lágrimas rocía.

—

Mi tierra es noble y hermosa,
porque es su asiento el Oriente;

tiene estrellas en su frente
y en sus labios miel de rosa.
Cuando sonríe amorosa,
la aurora le da sus rayos;
mas si padece desmayos
porque la hieren abrojos,
brotan tristes de sus ojos
los crepúsculos malayos.

—

Frente á lujosa floresta
donde un río se destaca,
recostada en una hamaca
duerme el sopor de la siesta.
Las auras forman su orquesta,
un palio azul la sombrea,
y cuando la noche ondea
su obscuro y tupido manto,
hirviente arroyo de llanto
por sus mejillas serpea.

—

Mi tierra es hada divina
que á mil caprichos se entrega:
suspira, retoza y juega
bajo la onda cristalina:
rompe el tul de la neblina
que arropa selvas de cañas,
y al trepar á las montañas
rojas al sol de la tarde,
bendice la lumbre que arde
en las pajizas cabañas.

Mi tierra noble y bendita
no cría en sus bosques fieras,
sino palomas ligeras
y flores de sampaguita.
Quien sus rincones visita,
halla sombra hospitalaria:
¡aquí se abraza hasta al paria,
porque mi encantado suelo
es un pedazo de cielo
puesto en la mar solitaria!. . .

—

Aquí son las alboradas
una ignición de rubíes;
aquí son nuestras huríes
tan tiernas y apasionadas
que funden con sus miradas
hasta las almas de hielo,
que dan, en un beso, el cielo
y que, con la fe de un niño,
fían á nuestro cariño
su corazón, sin recelo.

—

¡Oh tierra de mis amores,
santa madre de mi vida,
que vertiste en mi alma herida
el aroma de tus flores!
Llora, si tienes dolores,
si sueñas ser grande, espera;

pero te juro que fuera
para mí suerte afrentosa,
ver nacidas en mi fosa
hierbas de savia extranjera.

3 Septiembre 1898.



LA BANDERA

Corre el torrente alborotado y ciego
y el Derecho parece una quimera,
pero aún hay fe, y allí donde yo llego,
ha de llegar conmigo mi bandera.

—

Es bandera muy santa. Me la dieron
hombres ya muertos de mi propia raza.
Ellos la amaron mucho y defendieron
cuando tronó el insulto ó la amenaza.

—

Y hoy la defiendo yo. No es el torrente
la fuerza superior que la derribe.
Esa bandera es algo omnipotente
que flota, y obsesiona, y siempre vive.

—

¡Vivirá!... Si algún día de mis manos
un golpe del azar la desprendiera,
en pos de mí vendrían mis hermanos
á tremolar de nuevo esa bandera.

—

Fija en la brecha está. Ese es su puesto;
allí la encontrarán otras edades,
allí irán á besar su hierro enhiesto
rayos de gloria ó fieras tempestades.

Allí la mirarán siempre clavada,
flameando al sol, las esperanzas mías,
vieja quizás, pero jamás hollada,
jamás vendida por el bravo Elías....

—

Y Elías es mi hermano. Su firmeza
arde en todas las almas filipinas,
y satura de fe nuestra cabeza,
ya la ciñan de flores ó de espinas.

—

¿Y qué brazo mejor que el brazo hermano
para sostén de la bandera santa?
Ese la salvaría del pantano,
como la salva ahora y la levanta.

—

¡Alcémosla!... ¡Que llegue hasta los cielos,
que ondee y que restalle muy arriba,
que cubra con su gloria nuestros duelos
y que mantenga la esperanza viva!

—

Y aunque ciego el raudal se precipite
y parezca el Derecho una quimera,
nadie, mientras la fe no se marchite,
podrá decir que ha muerto esa bandera...

30 Junio 1905.

A FILIPINAS

Virgen de la Malasia, ramo de flores
que argentan con su espuma los roncos mares:
tuyos son mis suspiros y mis amores,
tuyo el ritmo tembloso de mis cantares.

—

Ya está tu sien radiante, libre de abrojos;
ya, como ayer, no arrastras veste de ilota,
y ya el alba soñada brilla en tus ojos,
y tu clámide, limpia de manchas, flota.

—

Tú eres hoy la sirena del mar malayo,
el hada rozagante que endechas quiere
y vive, de los astros al níveo rayo,
cantando su amor puro que nunca muere.

—

¡Escúchame! En las rimas del bardo errante
flamea el sacro fuego del sol de Oriente;
deja que, al són del arpa, tu nombre cante,
porque beses siquiera su mustia frente....

—

Sobre un lecho adormida de perlas finas
te arrullan de los bosques las auras suaves,
velan tus sueños de oro castas ondinas,
te murmuran mil trovas parleras aves.

Palpita en tus entrañas, arde en tu suelo
la áurea y candente lava de los volcanes;
sierpes de escamas ígneas hienden tu cielo
cuando ruedan mugiendo los huracanes.

—

Ondulando en el éter, sobre los campos,
despliega la neblina su blanco tul,
y la apolínea antorcha con vivos lampos
arrebola del cielo la veste azul.

En la cúspide esbelta de las montañas
donde el águila altiva trenza su nido,
mecidas por la brisa, suenan las cañas
con la inflexión de un hondo flébil quejido.

—

A impulsos de la savia de su energía
agitan las palmeras sus verdes plumas,
mientras allá en la selva fresca y sombría
van flotando calladas las densas brumas.

—

Como alígeras flores de oro y zafiro
llevadas por el hálito de auras sutiles,
los insectos se esparcen con manso giro
á libar la ambrosía de los pensiles.

Desde la agreste cumbre suelta, hervorosa,
su penacho de linfas la catarata:
en él dibuja el iris su franja hermosa
que el lago en sus cristales después retrata.

Por tu atmósfera virgen, urna de aromas,
donde sus róseos labios la aurora imprime,

vuelan y se acarician blancas palomas
suspirando de amores himno sublime.

—

Y cuando por las tardes el sol desmaya
sobre olas de esmeralda su frente roja,
niñas de tez morena van á la playa
á recoger las conchas que el mar arroja.

—

Son dulces y mimosas como las hadas,
rutilan en su rostro ojos traviesos,
y hay caricias eternas en sus miradas,
y hay un fuego divino que arde en sus besos.

—

Asidas de la mano, suelto el cabello,
cruzan nuestras praderas siempre inmarchitas,
ostentando en su grácil flexible cuello
perfumados collares de sampaguitas.

—

Y en la paz de los bosques, en donde vuela
el céfiro de Mayo vertiendo olores,
con los ritmos dolientes de una vihuela
mezclan la voz sin mancha de sus amores.

. . . .

. . . .

—

¡Patria! ¡Patria bendita, ramo de flores
que besan con sus ondas los roncos mares!...
Ya que fuiste la cuna de mis amores,
¡oh! sé también la tumba de mis pesares.

6 Noviembre 1898.

LA ISLA HERMANA

Isla de los tesoros,
Mindanaw, isla fuerte de cristianos y moros,
grande bajo el aliento del polífono mar;
isla de bravas gestas y pugnas legendarias,
que tiene por reductos las selvas milenarias
y por vivac inmenso el campo secular;

—

Isla maravillosa,
sultana bella y grácil á quien vemos ansiosa
poner oro y corales sobre el nativo altar,
y buscar en la arena de sus sonoras playas,
como sus dos hermanas, cual Lusón y Bisayas,
la perla de un ensueño que no quiere llegar....

—

La gran Naturaleza
te dió la magia augusta de su inmortal belleza,
su savia formidable, su sol canicular;
por eso son enormes tus bosques y tus ríos,
y hacen temblar ejércitos tus indomables bríos,
y el Apo á las estrellas no cesa de retar.

—

Eres como tus lagos,
para la flor propicios, para el pirata aciagos,
épicos en la guerra, líricos en la paz;

y eres, cuando el peligro tus lares amenaza,
la cúspide en que erige sus tiendas una raza
para gritar:—"¡Atilas! mi gloria no es fugaz.

"Yo soy como el granito;
mi sed de vivir libre sube hasta el infinito
como las flechas ágiles de mi aljaba ancestral.
Yo, aunque me ciña ajorcas, zarcillos y turbante,
tengo en las venas mías la sangre palpitante,
la misma que en el Ara oblacionó Rizal".

¡Loor á tu boca altiva,
Mindanaw, Isla de Oro, Cólquida rediviva
á donde van los "Argos" de un moderno Jasón!
Tu increpación histórica tiene inmanente vida;
es la consigna étnica de que jamás se olvida
ni el hombre de Bisayas, ni el hijo de Lusón.

Un vínculo más fuerte
que el puño de los Césares y que la misma muerte
hace de las Tres Islas un solo corazón,
que tendrá, en la ventura, una sonrisa única
y, en las adversas horas, sabrá rasgar su túnica
con un definitivo y unánime tirón.

¿No son tus noches bellas
las mismas que las nuestras? ¿no es luz de tus estrellas
la que reciben juntas Bisayas y Lusón?
¿No es el aroma indígena del ilang-ilang regio
el que á leer nos mueve un solo florilegio
y á sentir, alma adentro, una sola emoción?

¡No morirás! . . . No temas
que extrañas manos roben tus collares de gemas
y maten de un hachazo tu árbol tradicional:
los que guardan su libro de gestas legendarias,
y tienen por reductos las selvas milenarias,
clarinearán mañana una marcha triunfal. . .

—

Cólquida filipina,
Mindanaw, isla hermana, isla bella y divina
en cuyo honor dispara sus retumbos el mar:
para quien sea osado á herir tus esperanzas,
sé como nuestra piña, corónate de lanzas
y quede en ellas muerto el pulpo secular . . .

Agosto, 1909.



MANILA

En el rincón más íntimo del pecho
donde solloza el corazón deshecho
por las desgracias del país nativo,
tengo una flor edénica escondida
que perfuma las horas de mi vida
con los efluvios del recuerdo vivo.

—

Esa flor es indígena: su aroma
que bebe con su pico la paloma
al cantar por la atmósfera tranquila,
tiene lo dulce de la miel de Himeto
y el olor delicado del cafeto
que á las caricias del terral oscila.

—

Esa flor es Manila, hada morena
en cuya frente joven y serena
dormitan los crepúsculos de Mayo;
virgen maga que ríe entre la bruma
y juega con la nieve de la espuma
que constela el azul del mar malayo.

—

Es hermosa, es gallarda y es altiva,
y junta á su rubor de sensitiva
la tentadora gracia de la rosa. . .

Por eso á su belleza campesina,
une sus aires de elegante ondina
y á su faz de mujer, su alma de diosa.

—

¡Manila! ¡oh, cuán llorosa y tristibunda,
al través de una lucha furibunda,
te ví desde mi amarga lejanía!
Brotaban de tus ojos tus dolores,
mientras caían sin color las flores
con que alhajaras tu cabeza un día...

—

Sangre de hermanos que mató el Destino
humea entre las piedras del camino
que sigues azorada y vacilante...
¡Pobre virgen tagala! Más valiera
que en el negro oleaje pereciera
por no verte sufrir un solo instante.

—

Mira: en la cumbre azul de tus montañas
que no tienen aún huellas extrañas,
late el nervio inmortal del tagalismo:
allí fermenta tu gigante anhelo
en comunión perenne con el cielo
y los grandes misterios del abismo.

—

¡Manila! En tus gravísimos pesares,
amargos como la onda de tus mares,
he empapado mis rimas inarmónicas,
como se empapan en la luz celeste,
suelta á los aires la irisada veste,
tus doloridas sílfides lusónicas...

¡Oh, Manila! ¡oh mi pálida princesa
cuyas sandalias de oro la mar besa
con sus blancas espumas armoniosas!
¡Oh flor abierta en la región tagala
al soplo creativo de Bathala
en las edades prístinas dichosas!

—

Tú, aunque desangrada, aquí en mi pecho
donde te llora el corazón deshecho
y donde yo tus lágrimas recibo,
eres la flor de gloria en él prendida
que alivia las tristezas de mi vida
con los efluvios del recuerdo vivo.

Manila, 1900.



¡HABLAME!

A "Mutyâng Lupà."

¡Háblame!... En el dolor de mis desgracias
tu voz es armonía,
es música de flauta campesina
escuchada á la sombra de las cañas.

—

Tu voz hace brotar de entre las ramas
ecos de nueva vida;
tu voz revive el oro de la espiga
en nuestras yermas y llorosas landas...

—

Háblame en tu lenguaje de metáforas
brillantes y divinas,
como la luz que borda tus pupilas
cuando en mi triste faz tus ojos clavas.

—

Háblame de las cosas que entusiasman:
de la montaña altiva,
de los cauces que nunca se desvían,
de los árboles rectos y las águilas...

—

Háblame de todo eso que me inflama
y endurece mis fibras;
pero no me hables de las negras víboras
ni de los feos sapos de las charcas...

Yo conozco tu idioma. En mis nostalgias
y en mis tristezas íntimas,
he hablado ese lenguaje en que palpitan
rayos de sol, arrullos y hasta lágrimas.

—

Háblame en ese idioma de las almas
que vuelan hacia arriba
batiendo entre huracanes ó celistias
el soberbio plumaje de sus alas..

—

No temas que se pierdan tus palabras
como ilusión efímera.
Lo que tú me revelas es mi biblia,
porque sé que no mientes ni me engañas.

—

Eres diosa y maestra. Cuando bajas
á las trágicas landas filipinas,
nacen de entre la sangre las espigas
y el valor y la fe vuelven al alma...

—

¡Háblame de las cosas que entusiasman:
de la montaña altiva,
del torrente que nunca se desvía,
del secular molawe y de las águilas...
¡Háblame de la Patria!
¡háblame de tí misma!



Bajo las cañas...

Solemne y honda la mudez del campo,
cálido el aire, el término azuloso...
Todo vibra de gloria bajo el lampo
de un sol que es siempre, como Apolo, hermoso.

—

En el bochorno de la tarde estiva
Sueña la flor y duerme hasta la idea.
Sólo aparece como mancha viva
allá en lo alto la llama que caldea.

—

¡Silencio y paz!... El único sonido
que el ambiente volcánico desgarra,
lo da bajo el ramaje florecido
con su música agreste la cigarra.

—

El espacio es cristal; fulge y ondula
cual la cuerda de un arpa estremecida,
y mientras más el término se azula,
más bellos son los sueños de la vida.

¡Soñar!.. ¡vivir!.. Soñar bajo las cañas.
y vivir á su sombra eternamente,
sin sentir esas penas tan extrañas
que ensombrecen el alma lentamente.

Soñar que el corazón es siempre joven
y que esa juventud es una gloria,
sin cuitas que en el vértigo nos roben
lo más caro escondido en la memoria.

—

Soñar así es soñar de color rosa;
vivir así es vivir en pleno idilio;
es tener en el alma, en vez de prosa,
una égloga adorable de Virgilio...

—

¡Oh dulces soledades campesinas!
¡oh refugio de amor de los cañales!....
Tan sólo allí las almas filipinas
consiguen olvidar todos sus males.

—

Allí se escucha la palabra santa,
la dulce voz de la querida tierra,
esa que llora, y regenera, y canta,
y en sí las notas de lo grande encierra.

—

Allí todas las almas se expansionan
y se abren al amor los corazones
y hasta las frentes tristes se coronan
con flores muy abiertas de ilusiones.

—

Allí, por un milagro, se unimisma
el alma de la Patria con la nuestra,
y allí la vemos, bajo el propio prisma,
dentro del corazón como maestra.....

¡Soñar! ¡vivir!... ¡soñar allí á la sombra,
con la vista clavada en el celaje,
que cuanto se contempla y aún se nombra,
es filipino todo en el paisaje!....

—

Eso es soñar triunfando de la pena
y mover con la fe hasta las montañas....
¡Oh, dejadme soñar en mi Hada buena,
á la sombra piadosa de las cañas!...



EL KUNDIMAN

Tagalo Kundiman, Kundiman de versos de amores
que, en los plenilunios, prefieres tu vuelo tender:
tus suaves estrofas que lloran ocultos dolores,
dicen la nativa tristeza del atardecer.

Tienes el aroma de nuestras edénicas flores
y el ritmo y el mimo de un beso ideal de mujer,
y resumes toda la queja de los soñadores
de mi pobre raza sujeta á un extraño poder.

Fuiste la delicia de nuestros difuntos abuelos;
dasnos en el tiempo presente un dulzor de consuelos
que son para el alma cual riego en muriente jardín;

y serás mañana de toda una raza la gloria
cuando, con tu música, su toque marcial de victoria
dé á los cuatro vientos un libre y sonoro clarín....



Laudanza de las selvas

Te has reído muy fuerte porque adoro las selvas
y te he dicho que esconden una fuente de amores....
¡Ve! piérdete en sus sombras y el olor de sus flores,
y volverás muriéndote de encanto, cuando vuelvas.

—

Una selva es la casa de todas las quimeras,
las quimeras del viento, del agua y del color;
es la sala en que ríen las Reinas Primaveras,
entre un eco de flautas sollozantes de amor....

—

La selva tiene un alma tan ingrávida y santa
que se inmerge en la nuestra como fluido sutil;
la selva ríe y llora, la selva grita y canta,
y hasta tiene un ensueño romántico en Abril....

—

¿Tú crees en los males que aplastan nuestra vida
y oprimen con un halo de horror nuestras cabezas?....
Las selvas también sienten á veces su alma herida,
y entonces son la casa de todas las tristezas....

—

Si crees en la vida, no pierdas el camino
que te lleve al misterio de alguna selva en flor;
y en la primer fontana de chorro diamantino
podrás coger diamantes para un collar de amor.

—

¡Oh suavidad del aire bajo las verdes hojas!
¡oh dulzura del agua bebida en el raudal!
¡oh corolas celestes, blancas, fulvas y rojas
llenas de miel é incienso!.. ¡oh selva tropical!....

Tu alma es la maravilla del alma que en mí sueña;
tú ofreces un sendero de paz á mis fatigas,
y tú haces milenaria mi vida tan pequeña,
¡tan pequeña y humilde cual la de las hormigas!....

—

Estar en tí es lo mismo que estar en lo que es gloria,
vivir dentro del alma nativa y familiar,
y evocar, entre flores y arrullos, la memoria
de la Patria que nunca podemos olvidar....

Septiembre, 1909.

Ilang-ilang.

Ilang-ilang de los huertos filipinos
donde aroman aurinegras mariposas
sus dos alas de colores vespertinos
cual flabeles para reinas voluptuosas;

—

Ilang-ilang de ramaje desmayado,
—varillaje de verdosos parasoles—
tú eres fuerte por el beso que han dejado
en tu copa melodiosa muchos soles.

—

Son tus flores glaucos astros pensativos
y eres todo, cuando ondulas, incensario
ante el ara de los dioses primitivos
en el templo de algún bosque milenario.

—

Tu perfume, como un alma grande y sola,
ha pasado del terruño las fronteras,
y el prestigio que embellece tu corola
no lo olvidan las beldades extranjeras.

—

De sus áureos tocadores los cristales
—ostensorios de tu lírica fragancia—
reverdecen en los lechos virginales.
un delirio que halló vida en la constancia...

Ilang-ilang, árbol patrio, suave y bello:
á tu sombra dicen cuentos y cariños
nuestras musas de negrísimo cabello
y alma ingenua como el alma de los niños.

—

Si tus hojas, bajo el ala de la brisa,
dan al aire de la noche madrigales,
no hay un labio que no enflore una sonrisa
ni una fuente que no azule sus cristales.

—

Ilang-ilang, que arrojaste tus corolas
en mis sendas, á la luz del plenilunio,
¡cuántas almas que están tristes y están solas
han cubierto con tus flores su infortunio!

—

Y han creído que era un beso muy cercano
el suspiro de tus flores estelares,
y han gritado:—"¡Ya, ya viene el beso hermano
á la herida que han abierto los pesares!"...

—

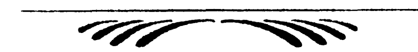
Por tí todo; por la gloria de tu esencia;
por tus hojas que alcatifan nuestra ruta;
por tu sombra donde es buena la existencia
y pensamos que no es todo fuerza bruta...

—

Danos siempre con tu olor de primavera
un anhelo de ser libres como el viento
que sacude tu fragante cabellera,
y emborracha nuestra vida con tu aliento.

Ilang-ilang de los huertos filipinos
á que el alma de mis cánticos se abraza;
sé tú el árbol de verdores matutinos
que perfume las tristezas de mi raza...

Septiembre, 1909.



PATRIA

No es la forma engañosa que dibuja
la luz que en el ambiente se refracta:
es algo grande que á la gloria empuja,
que de ella vive y que con ella pacta.

—

Patria es la concreción del pensamiento,
Patria es el vivo ensueño de las almas;
da vida en lo moral al sentimiento
y en lo real da vida á nuestras palmas.

—

Yo la imagino inmensa é inviolable
como un dogma sagrado; yo la veo
cristalizada en algo impenetrable
á los cálculos torpes del deseo.

—

Cuando, de cara al Ideal, la busco
de lo grande y sublime en el zodiaco,
la encuentro en los laureles de Kocziusko
y en el gladio triunfante de Espartaco.

—

En la paz es arco-iris que fulgura,
en la lid es bandera que flamea...
¡Oh! la Patria lo es todo: sangre pura,
tierra, y celaje, y sensación, é idea.

No en libros, en las almas está escrito
su nombre, que es conjuro y amuleto;
pero ¡ay! no todos saben de su rito
ni deletrean todos su alfabeto.

—

Sólo en el arca azul de la leyenda
se halla clave del misterio santo,
y á esa arca se va por una senda
de eternos sacrificios y de llanto.

—

Para poder abrirla es necesario
tener el corazón firme y sin mancha,
y preferir la ergástula al denario,
y afrontar el turbión y la amenaza.

—

¡No! Los arbustos débiles y secos
no resisten los vientos de la cumbre
como no pueden ánimos entecos
soportar del dolor la pesadumbre.

—

¿Gloria?.... ¡Jamás! No aspiren á la gloria
los que son, por su espíritu, pigmeos
y forman, abdicando de su historia,
la turba de los nuevos fariseos.

—

Esos que quieren del atroz flagelo
el golpe eterno, y la perpetua rienda,
¡ah! que no sueñen, bajo un propio cielo,
abrir el arca azul de la leyenda...

La Patria no la erigen los rufianes,
la Patria no la engendran los villanos:
¡es labor exclusiva de titanes,
de mártires tal vez, mas no de enanos!

❧ ❧ ❧

Adulterada... ¡no!

A la Patria.

¡No, no es verdad!.. Se engañan los que anhelan
trasfundir en tus carnes sangre extraña,
los que quieren que exóticos latidos
hagan vibrar tu espíritu mañana.
¡Crimen y error! ¡estupidez infame
de los que te traicionan y apuñalan!
¡pensamiento brutal que aun acarician
en su tosco cerebro las limazas!..
¡No morirás!.. Tus bravos aborígenes,
curtidos en la lucha y la borrasca,
velan por tus leyendas tan antiguas
como el sol que corona tus montañas....
¡Ah! no piensan lo mismo que los sapos
las águilas altivas de Malasia:
¡éstas sueñan mirarte siempre indígena!
¡aquéllos, para siempre adulterada!..

—

¡Crimen y error!... Las formidables olas
que en torno tuyo el huracán levanta,
no podrán abolir un solo rasgo
de tu perfil de virgen oceánica,
ni arrancar una fibra de tus músculos,
ni poner en tus venas otra savia.
En la paz ó en la lid, alegre ó triste,
tú serás siempre la oriental *dalaga*
de tez morena y cabellera de ébano,
soñadora del sol y de las auras;

la autóctona deidad de cuyos labios
fluye el ***kundiman*** impregnado en lágrimas,
que suena como un grito de combate
y á veces como un cántico del alma,
bajo el arco triunfal de nuestros bosques
ó el crujiente dosel de nuestras cañas..
¡Crimen y error!... Tú no eres tierra fofa,
tierra que pulvericen las ventascas,
ni pedazo de cera que se amolde
al capricho brutal de las limazas.
Un carácter te dió Naturaleza:
¡que no te robe la tormenta brava!
¡que no caiga maltrecho sobre el polvo
como bandera rota en la batalla!
¡Sálvalo del naufragio!...
Cuando rasgues
los tenebrosos velos del mañana;
cuando de tu existencia y tu destino
seas, al fin, la soberana y árbitra,
tus hijos, los leales aborígenes,
curtidos en la lucha y la desgracia;
los que siempre guardaron en su pecho
tu fe y tu tradición como en un arca;
esos que te siguieron al calvario
y que no te escupieron en la cara,
quieren verte á la luz del nuevo dia,
de pié sobre las islas oceánicas,
arrastrar por encima de los mares
y del claro verdor de nuestras pampas,
el traje vaporoso y pintoresco
de las ardientes hijas de Malasia.
Adulterada¡ no!...
¡Malditos sean
los que pretendan arrancarte el alma!

❧ ❧ ❧

Tú eres la gloria...

(A la Juventud de mi Patria.)

¿Dónde estás, Juventud? Almas fraternas,
almas que veis la vida de oro y rosa,
¿en dónde estáis? ¿en qué Capuas inviernas,
Juventud de mi Patria dolorosa?

—

Es el dolor del día que no apunta,
el dolor de no ver lo que se espera
el que destroza como férrea punta
esa alma entre congojas prisionera.

—

¿Dónde estás, Juventud? ¿Por qué no llegas
sobre tus fieros potros de combate,
hermanos de las nubes andariegas,
á sacarnos del mal que nos abate?

—

El palenque está allí: vibrad las plumas,
blandid como una espada vuestra lengua,
para romper el muro de las brumas
en que vivimos hoy con harta mengua.

—

No es el sopor escala de la altura:
el que descansa en medio de la brega,
nunca saldrá de la hondonada impura;
ese no llegará... ¡no! ¡ese no llega!...

Quien quiera coronar la excelsa cima,
que abandone su miedo y su ostracismo:
el que vacile y desespere y gima,
no tiene redención, caerá al abismo.

—

¡Oh Juventud! Hay algo que peligra,
algo muy santo que amenaza quiebra;
hay una voz que el Ideal denigra
y que con risas su éxito celebra...

—

Es la voz de la pérfida sirena
que canta entre la espuma del escollo ..
¡Ahógala, Juventud!... Si esa voz suena,
será una utopia el patrio desarrollo.

—

¿Por qué ha de carcomerse en el olvido,
arrollada y marchita tu oriflama,
cuando vibra en los aires el sonido
del clarín de oro que á la lid te llama?

—

¡Oh, Juventud! La médula nativa,
alma de los hogares filipinos,
¿será acaso hojarasca fugitiva
que arrebaten los negros torbellinos?

—

¿Cómo dejar que en el terrible choque
de razas y de lenguas, sea lo extraño
lo que se ame y adopte y se coloque
sobre lo propio, para nuestro daño?

Romanticismos, dicen... ¡qué locura!....
Los pueblos tienen inmortal derecho
de conservar su esencia siempre pura
y hacer un fuerte muro de su pecho.

—

¿A qué vender por bueno ese exotismo
que prostituye el alma de la raza,
y es símbolo quizás de un esclavismo
más duro que el que azota y amordaza?

—

¡Arriba, Juventud! El tiempo es este
de dar carne y verdad á tus deseos...
Cíñete al cuerpo tu gloriosa veste
y que mueran de envidia los pigmeos.

—

Que rabien en lo bajo las lechuzas,
mientras tú, enarbolando tu bandera,
por el camino de la gloria cruzas
inviolable, triunfante y altanera...

—

¡Arriba, Juventud! Lanza tus potros
y suenen sus relinchos de victoria...
¿Qué te importan las iras de los *otros?*
Los otros no son tú...¡ Tú eres la gloria!...

19, Junio 1906.

❧ ❧ ❧

Una fe y un corazón

A los políticos de mi pueblo

Oid, hombres de mi raza: ¿qué espíritu maligno
posee vuestras almas? ¿qué es ese negro signo
que mancha en vuestras frentes lo santo de la unión?
¿Por qué está repartida en trozos la bandera
que ayer un solo brazo defendió en la trinchera
y fué ungida con sangre de un mismo corazón?

—

Hermanos: sed más fuertes al ser también más unos.
Bajo el mando de Atila, se aproximan los Hunos
para hollar con sus potros la fe en el Ideal.
La avalancha de bárbaros hace temblar la tierra,
y sus trompas resuenan con clamores de guerra,
y al veros divididos dan un grito triunfal.

—

¿Dónde están las antiguas tradiciones y lazos?
¿dónde están que no llegan los supremos abrazos,
los vuelos de las almas hacia una sola fe?
¿Dónde está la concordia que hizo firme á la raza?
Si hay una mano oculta que la unión despedaza
¿por qué no dar un golpe á esa mano? ¿por qué?

—

La Patria está llorosa, la Patria está de duelo,
y en la sombra se ríe de todos Maquiavelo,
y un demonio repite:—«divide y vencerás».
Se bifurcan las vías, el credo se fragmenta,
y no vemos que rápida se acerca la tormenta,
y no hay nadie que grite á Maquiavelo:—¡Atrás!

Oid, hombres de mi raza: no propaguéis semillas
de división; poneos como ayer de rodillas
ante una misma idea y ante un único altar.
No escuchéis la engañosa sugestión del ofidio;
no matéis al hermano... ¡También es fratricidio
tronchar en flor el árbol de la unión familiar!....

—

No fueron así aquellos insurgentes heroicos
que murieron muy juntos, que murieron estoicos
en la brecha, gritando: ¡Unión y Libertad!
No fueron así aquellos cruzados de la gloria,
aquellos que segaron laureles de victoria
para su sien mojada en óleo de unidad.

—

No fué ese nuestro sueño; no pensó así Bonifacio
cuyo verbo candente atravesó el espacio
y sacudió las fibras del alma popular;
no consignaron eso—¡que eso no es patriotismo!—
las manos que escribieron *El Filibusterismo*
y que sólo en la muerte dejaron de luchar....

—

¡Uníos! Gotas juntas fecundizan los campos,
rayos unificados hacen los grandes lampos,
las hogueras brillantes, los volcanes y el sol....
Las razas desunidas son siempre razas parias,
razas que se anquilosan, débiles y solitarias,
en una vida idéntica á la del caracol....

—

Hermanos: hinque su honda raíz una creencia
en nuestras almas; sea única la conciencia
y única la oriflama roja del Ideal;
y sobre nuestros pechos y sobre nuestras testas,
llenas de orgullo fiero, rencorosas y enhiestas,
caiga de la armonía la santa agua lustral....

Hermanos, sed más fuertes al ser también más unos.
A los gritos de Atila, se preparan los Hunos
á dejar seco el campo de nuestra rota fe . . .
La avalancha de bárbaros hace temblar la tierra
y sus trompas ululan con clamores de guerra. . . .
¿Por qué no ir todos juntos contra Atila?... ¿por qué?...

—

Hermanos: sed más unos; si han de ceñirnos lauros,
que ciñan á una raza de hércules y centauros
en el festín sagrado de una absoluta unión;
y si han de venir balas á romper nuestras alas
y nuestros corazones, que se hundan esas balas
en unos mismos cráneos y un mismo corazón.

26 Julio 1906.

Labor omnia vincit

A la Unión de trabajadores filipinos.

Ya no ruge el cañón, ya en la manigua,
llena de flores y también de lágrimas,
no fulgen como víboras de fuego
las homicidas y sangrientas armas.
Vestida con su peplo luminoso,
alborea la paz tras la batalla,
y en vez del estridor de las cureñas
que rodaban ayer por nuestras pampas,
sube á los cielos, transformado en himno,
el estruendo solemne de las fábricas...
¡Es el latido de la vida nueva
que viene á reemplazar en nuestras almas
á aquel latido agónico y doliente,
hijo de nuestras penas y desgracias!
¡Es la voz del Trabajo que congrega
en torno de los yunques y las máquinas
á los mismos que un tiempo abandonaron
el arado glorioso por la espada!.
Ya no ruge el cañón: ¡salud, obreros!
¡Sobre el charco de sangre ríe el alba!..

—

Y bien. Ya lo sabéis: la vida es choque,
es pugna sin cuartel y prolongada

donde luchan á cara descubierta
las inmensas falanges proletarias.
Brega sin sangre, pero no sin lauros,
en que no hay ni fusiles ni metrallas,
sino rudos formones ó martillos
impregnados quizás de tristes lágrimas...
Allí se ensanchan corazón y músculo,
allí se forja el nervio de las razas
al épico rumor de los talleres
y al calor de los hornos y las fraguas.
Toda vida es trabajo y movimiento,
toda vida supone una batalla,
lo mismo en el minúsculo infusorio
que en el hombre, en el ave ó en la planta.
La quietud es la muerte: se corrompen
las aguas y las vidas que se estancan.
¡Son hembras execradas que no paren
porque tienen inertes las entrañas!...
El Trabajo es progreso: á él se debe
ese nimbo radiante de alboradas
que ciñe la cabeza pensativa
del pueblo obrero, del moderno Atlas..
El corona las altas chimeneas
con penachos humosos; él taladra
los senos de la tierra en que los gnomos
guardan el oro que chispea y canta;
él alzó las pirámides egipcias,
pescó las perlas y tejió las gasas,
y, erguido aún en el corcel bizarro
de sus nuevas ideas y sus ansias,

traduce el verbo humano en caracteres
y habla á las muchedumbres de esperanza...

—

¡Honradez y justicia! Este es el lema
que debéis ostentar en la batalla,
donde, como Jacob, lucháis sin miedo
con el ángel feroz de la desgracia.
¡Honradez y justicia!... En los altares
del dios de las legiones proletarias,
no pueden comulgar cuantos se acerquen
con el alma corrupta y enlodada.
La carne vil, la carne de presidio
se asfixia con el humo de las fraguas;
es carne que no sirve para el triunfo
por floja, por abyecta y por esclava...
Vosotros no la amáis: ¡salud, obreros!
vuestras carnes se nutren de otra savia,
son carnes que no viven de lo injusto,
¡son legítimas carnes de batalla!..
¡Al trabajo! ¡á la brega!.. En estos tiempos
que cruzamos á prisa, entre borrascas,
toda parada es signo de atonía
y estigma del honor de nuestra raza.
Los pueblos se hacen fuertes y viriles
en torno de los yunques y las máquinas,
conquistando, en disputa con el Hado,
el duro pan que dignifica y salva.

—

Obreros de la "Unión": ¡id adelante!
Vuestra bandera es la labor: besadla

con la fe y el respeto con que besan
los soldados la enseña de la Patria.
Tomad las herramientas de trabajo
hoy que retorna á florecer el alba,
y entre el himno triunfal de los martillos
y el murmullo sublime de las fábricas,
haced lo que no hicieron en la lucha
las homicidas y sangrientas armas:
dar vida al Ideal sobre los yunques
y alzar un dios sobre ellos: ¡nuestra Patria!



POR LA ETERNA DAMA (*)

Viene la cabalgata. ¡Son ellos! Son los mismos;
se les conoce por su indómita oriflama;
roja, cuando es la lucha contra los despotismos,
azul, cuando es el Arte quien á soñar los llama.

—

¡Son ellos! ¡Son los mismos! Se irguen en sus corceles,
cantando bellos salmos de amor á su bandera:
sentimientos de Patria los ciñen cual laureles
y no hay lanza enemiga que frustre su carrera.

—

Van firmes en sus sillas. Es que el Deber lo manda,
es que en la torre obscura de un bárbaro castillo
está presa su Reina, y hay que volver el brillo
á su cetro, ó cual bravos morir en la demanda.

—

Caballeros, caballeros
del San Graal filipino:
si están limpios los aceros,
pueden seguir los guerreros
su camino.

—

Pasa la cabalgata . . . Todavía está lejos
el castillo de sombras en que la Reina llora;
pero los gladios tienen magníficos reflejos
que pueden en la noche poner lumbre de aurora.

(*) Esta poesía la dedicó su autor á los redactores de ***El Renacimiento,*** en ocasión en que este periódico luchaba ante los tribunales contra el entonces Secretario del Interior Dean C. Worcester.

Galopan los bridones. Una chispa. . . otra chispa
encienden con sus cascos. Y, silenciosamente,
bajo la honda tiniebla, una mano se crispa
en el asta del rojo pendón que ondea al frente.
Después, todas las manos se crispan fieramente. . .

—

Han oído en el aire un grito muy lejano,
el grito de una boca sedienta de justicia,
y han visto en la negrura el temblor de una mano
privada de sus gemas por no sé qué codicia. . .

—

¡Id á escape, caballeros
del San Graal filipino!
Los guerreros
unan todos sus aceros
por esa voz del camino. . .

—

Ya van todos á escape, erizados de lanzas;
ya suben cual centauros por la anfractuosa cuesta.
Un clarín va inflamando las viejas esperanzas
y el asalto es unánime tras la bandera enhiesta.

—

Homérica es la pugna. Se estremece la cumbre
bajo èl pié de los jóvenes cruzados del Deber,
y, al verlos ya tan cerca, con suave mansedumbre,
á los vivos y muertos bendice una Mujer.

—

(¡Es ELLA! La Señora de nuestros pensamientos,
la Dulcinea incólume de nuestro corazón,
Aquella por quien damos toda el alma á los vientos,
con rojos de combate ó rosas de ilusión. . .)

—

¡Hurrah! ¡gloria, caballeros!
Suene la marcha triunfal
sobre el aullido brutal
de los fieros cancerberos.

Y pues sois nobles guerreros,
saludad con los aceros
á vuestra Dama inmortal.

ENVÍO.

Amigos, paladines
de *El Renacimiento:* un trago de hidromiel
por vosotros que sois los nuevos Palmerines,
bebo en un yelmo antiguo, y al són de mis clarines
consigno vuestros nombres en hojas de laurel ..

3 Septiembre 1909.



ALMA JOVEN

A la Asociación Escolar de Filipinas

¿Triunfará?—Triunfará. No hay ley alguna
que al águila caudal le robe el vuelo.
Aves que tienen el azul por cuna,
no rozan el fangal, trepan al cielo.

—

Así es la Juventud, así es el alma
de esa legión audaz, aunque bisoña;
¡legión que huye del ocio y de la calma!
¡legión en quien la fe siempre retoña!

—

Aunque el destino adverso y el fracaso
de nuestros pechos la energía roben,
esa legión no detendrá su paso:
siempre irá, cara al sol, el alma joven.

—

Alma que tiene dos robustas alas
que el soplo inmenso del ciclón no abate;
alma que va entre flores ó entre balas
en la idílica paz ó en el combate.

—

Tú serás, en los días venideros,
la guardadora fiel de una leyenda
que trazaron con fuego los aceros
en formidable y colosal contienda.

Pero tú, oh alma joven, alma ardiente,
que buscas hoy la comunión del Arte,
preferirás la lucha de la mente
á las batallas que preside Marte.

—

La pluma es una espada más gloriosa
y es un campo mejor el libro abierto:
rompe aquélla la sombra pavorosa
y éste da vida y fe al cerebro muerto.

—

No hay sangre en los combates de la idea;
hay resplandor y cantos de victoria.
Donde domina Palas Atenea
sólo crece una flor: la de la gloria.

—

Esa flor inmortal es para el alma
de la brillante juventud que estudia;
de esa porción que lucha por la palma
y la molicie y la inacción repudia.

—

¿Triunfará? Triunfará. No hay ley alguna
que al alma juvenil impida el vuelo.
Es ave que en el sol tuvo su cuna.
¡Ya no roza el fangal! ¡ya es de ella el cielo!

ALTIVEZ

Altivo soy. La sangre de mi raza
me hace odiar la lisonja que denigra...
Yo no beso la mano que amenaza:
¡mi alma es más firme cuanto más peligra!

—

No me arredran los sátrapas; mi frente
no se ha doblado nunca á la injusticia.
Erguida ante el sicario eternamente,
afronta su anatema ó su sevicia.

—

¿Moriré?.. ¡qué más da? Ya no me asusta
el abrazo de hielo de la muerte.
Morir teniendo la conciencia justa,
no es infortunio, sino hermosa suerte.

—

Un noble anciano me legó su orgullo
y una honrada matrona, su entereza:
¡No ha de ser el misérrimo capullo
quien deslustre del árbol la belleza!

—

¡Mil veces no!.. Por algo me engendraron
en la tierra del sol y los ciclones;
por algo, siendo niño, me contaron
de los viejos rajáhs las tradiciones.

De sus regias y bravas altiveces
he heredado las mías: ellos fueron
los que allá en las riscosas arideces
la energía del águila aprendieron.

—

Y altivo soy como ellos, y así vivo
con las nostalgias de la edad ya muerta,
viendo cómo, á la luz del sol nativo,
muestra su orgullo el pueblo que despierta.

—

Puede bajar el rayo cuando quiera
sobre mi frente de color moreno...
¡Mi alma, en la tempestad, es altanera!
¡Mi alma se ríe de la voz del trueno!

—

¡Ah! no he de ser quien rinda el albedrío
á esos enclenques ídolos de barro;
no he de ser quien, por cálculo ó hastío,
como bestia inconsciente se unza al carro..

—

¡Mil veces no!... Por algo me engendraron
en la tierra del sol y los ciclones;
por algo, siendo niño, me contaron
de los bravos rajáhs las tradiciones....



Dolora de Pascua

—

¡Alma de Diciembre, perfume de Pascua
que impregnas la arcilla de mi corazón
y en lo frío pones de mi vida un ascua
de alegría ingenua y otra de ilusión!...

—

Sonajas y parches alzarán en coro
frente á los belenes pastoril canción,
y sobre el Establo una estrella de oro
marcará la senda de la adoración.

—

Son trozos de espejo los azules lagos,
algodón las nubes, lo demás... cartón;
cruzarán un puente los tres Reyes Magos
y ordenará Herodes la degollación...

—

¡Ah! sí, muy dichosos los que todavía
no han roto los velos de la encantación,
y sueñan de noche y también de día
en que son las nubes copos de algodón.

—

¡Dichosas las manos de los pequeñuelos
que aun aroma el óleo de la tradición
y dejan zapatos como barquichuelos,
en espera de algo, sobre algún balcón!..

Si ellas no sintieran jamás una herida
ni tocaran nunca la humana ficción,
fueran inocentes por toda la vida
y en Belén durmiera toda su ilusión.

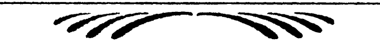
—

Pero se harán grandes, palparán desdenes,
tomarán un cetro: el de la Razón,
y ya no habrá el goce de erigir belenes
ni soñar en Reyes Magos de cartón...

. . . .

. . . .

¡Alma de Diciembre, beso de la Pascua
que aromas la arcilla de mi corazón!
¿por qué en nuestras vidas no pones un ascua
de candor eterno y eterna ilusión?



A. S. M. la Reina Quimera

Reina Quimera,
Reina que cubres con tu bandera
todas las almas, todas las cosas;
Reina en quien puse mi fe primera,
y oyó mis versos, y oyó mis prosas;
Reina hechicera,
dame una rosa de entre tus rosas,
de los jardines de los ensueños,
de los cabellos de primavera,
y los risueños
coros alados de mariposas
con que engalanas
la excelsa gloria de tus mañanas,
Reina Quimera!

*
* *

¡Reina Quimera! Tu alto palacio
hecho de gemas deslumbradoras,
de oro y topacio,
lo han erigido tus vencedoras
manos que abarcan todo el espacio.
Tu cetro brilla,
tu cetro impera
y rige pueblos y corazones,

Reina Quimera,
luz sin mancilla,
luz que colora las ilusiones
con que decoras la tierra entera,
Reina Quimera!...

*
* *

Reina Quimera, Reina amorosa,
Reina que dentro de mí suspiras!
Tu voz mimosa
deja vibrando todas las liras
y en cada labio deja una rosa.
Por tí en la mente de los poetas
arden mil piras;
por tí las almas viven inquietas,
por tí están tristes cuando suspiras,
Reina Quimera...
¡Reina Quimera! Mis pensamientos,
cuando en mi pecho tu canto exhalas,
se enfloran todos de primavera,
se hacen sutiles como los vientos
y tienen alas
para buscarte, Reina Quimera...

*
* *

Reina Quimera, Reina que sabes
de mis desgracias y mis dolores
y dudas graves;
Reina que vagas por mis caminos
y que conoces todos mis rastros:

dame tus flores,
dame los rayos esmeraldinos
de esos tus ojos, que son dos astros...
Del bello triunfo de tus jardines,
coge un capullo;
dame la nieve de tus jazmines,
dame tu arrullo,
y cubra mi arpa tu cabellera,
Reina Quimera...

*
* *

¡Reina Quimera! mi ruego es éste:
de mis tristezas jamás te olvides.
Dame esos rayos que tú despides
de luz celeste,
y doren ellos mi vida entera,
cuando despierte, cuando me acueste
Reina Quimera!...

MARIA CLARA

Mística, soñadora, pensativa,
de tristes ojos y cabello oscuro
bajando como una onda fugitiva
sobre la espalda de alabastro puro;

—

Alma ingenua de niña, alma callada
como el hálito manso de una rosa
que se abriera, á los ósculos de una hada.
en una primavera milagrosa;

—

Forma ideal, romántica heroina
coronada de flores de tristeza,
al igual que una tarde filipina
cuando la luz á declinar empieza;

—

Sueño del corazón del noble Ibarra,
delirio de Simoun el implacable,
rutilante visión, sombra bizarra
de una noche de amor inolvidable....

—

Así en las hojas de su libro bello
te dibujó la pluma del poeta,
empapada en el nítido destello
de su alma grande y fantasía inquieta.

Así te vislumbró en aquel idilio
gustado en la azotea florecida,
después de las angustias del exilio
del que soñara en tí toda su vida. . . .

—

El vate ha muerto ya; pero tu imagen
vive gloriosa en su inmórtal novela,
sin que manos sacrílegas la ultrajen,
sin que se borre su radiante estela. . .

—

Aun te vemos así, oh sombra hermana,
en largas noches de dolor eterno,
cruzar como una luz extramundana
por cima del horror de nuestro infierno.

—

Aun te vemos vestida de albo traje,
llena de fe, de sueños y de aromas,
con dos alas de trémulo plumaje,
y en las mórbidas manos dos palomas.

—

Aun vemos el arroyo susurrante
en que al amparo de sombrosas cañas,
remojabas tu cuerpo palpitante,
aspirando el olor de las montañas.

—

Aun te vemos correr en la campiña
tras una ronda de áureas mariposas
y con tus dedos cándidos de niña
quitar del tallo las abiertas rosas.

Aun te vemos nimbada de azahares
—¡oh corona de amor del bien amado!—
flotando entre la bruma de los mares
como un rayo de sol inmaculado.

—

Aun oimos tu voz deprecatoria,
tu aflictiva dicción cuando, al oido,
contaste á Ibarra tu infeliz historia,
sintiendo el pecho de dolor mordido.

—

Aun se escucha con mágico embeleso
crepitar en el aire tibio y puro
tu último beso, sí, tu último beso
cuando dijiste á Ibarra:—¡Te lo juro!

—

Tú vives, tú no has muerto, tú persistes,
tú eres la encarnación de nuestra raza,
la única luz de nuestras almas tristes,
la única que nos besa y nos abraza....

—

Cuando el pueblo padece tú le alientas,
cuando el valor desmaya, tú le animas:
tú eres en esas horas macilentas,
el Ideal que fulge allá en las cimas.

—

Llora sobre tu amor vencido y muerto
á la margen del lago maldecido...
¡Quedó el nido muy frío y muy desierto,
y el corazón muy triste y muy herido!...

Llora sobre nosotros, alma hermana,
sobre esta tierra que te quiere y nombra. . . .
¡Todavía no surge la mañana!
¡todavía lloramos en la sombra! . . .



LAUDES A NUESTRA SANTA POBREZA

¡Bendita sea, bendita
la santa pobreza nuestra,
la que amanece esparciendo
sobre espirituales tierras
con los puntos de la pluma
las simientes de la Idea
y, entre raudales de lumbre,
la lluvia sonora y trémula
de las palabras que elogian
ó sacuden la conciencia,
dándola á veces un beso
y otras un toque de alerta . . .
¡Bendita sea, bendita
la santa pobreza nuestra,
la eternamente curvada
por deber sobre la mesa,
la que vive entre cuartillas,
la que las cubre de letras
y pone el troquel del alma
en cada voz de la lengua;
la que apaga la sed honda
de novedades amenas,
la que emociona el espíritu
y lo embriaga de belleza

con algún cuento romántico
ó los versos de un poema;
la que dice el evangelio
de la libertad eterna
desde las cimas radiantes
de la fugaz hoja impresa;
la que da á las multitudes
y á los siervos de la gleba
todo el vigor que los brazos
amarrados con cadenas
necesitan, en una hora
de gloria, para romperlas . . .
¡Bendita sea, bendita
la santa pobreza nuestra!
Porque, aún sin pan, no olvida
la sola y máxima ciencia
de ver con ojos alegres
los horrores de su senda
y tener una sonrisa
en medio de las tristezas
de sus noches solitarias,
de sus noches de bohemia;
porque es la pobreza grande,
la muy gloriosa y excelsa,
la que prefiere morirse
de extenuación en la brecha
á vivir teniendo el rostro
conspuído por la afrenta,
ó ante los Cresos y Césares
dobladas todas las vértebras.

Porque es la pobreza augusta
esta que tiende la diestra,
no en gesto mendicatorio
al arca de oro repleta,
sino en la actitud bizarra
de quien guía y aconseja
ó de quien alza una antorcha
para iluminar la senda . . .
¡Loada sea, loada
la santa pobreza nuestra!
Aceptémosla, oh hermanos,
bendigámosla, oh colegas,
y en torno de los altares
de nuestra diosa, la Prensa,
armados de plumas, demos
guardia de honor á la Idea
y al Arca en que viven puras
las leyes de la Conciencia,
cantando estos laudes íntimos
erguida al sol la cabeza:
¡Bendita sea, bendita
la santa pobreza nuestra,
la eternamente curvada
por amor sobre la mesa;
la que viste humildemente;
la que, en tranquila vivienda,
come su arroz sin que el rostro
se le cubra de vergüenza;
la que va por sus caminos,
ensoñadora la testa,

firme el latido del pecho
y sin mancha la conciencia.
¡Pobreza que vas sembrando
en espirituales tierras
bajo el sol del deber propio
las simientes de la Idea;
pobreza del periodista,
pobreza de las pobrezas,
por los siglos de los siglos.
pobreza, bendita seas!

19 Junio 1913.



Más que todo, mi cruz...

Hay un amor oculto en cada cosa,
y en cada cosa, una sutil tristeza,
lo mismo en una rosa
—vaso que Abril llenó de su belleza—
que en la fina y voluble mariposa
de lírica hermosura,
que, al posarse temblando en tu cabeza,
surmonta su locura á tu locura....

—

Cuando despunta un sueño
y florece en la vida una quimera,
el fondo de las cosas es risueño,
porque es azul como una primavera.
Pero si un sueño muere
y la quimera amable nos olvida,
cada cosa es un dardo que nos hiere,
y lloran yo no sé qué miserere
las cosas de la vida....

—

Todavía eres joven,
pero yo voy haciéndome ya viejo,
y antes que tu primor los años roben
y te diga el espejo
la verdad de un encanto destruído,

permite que te envíe este consejo
del corazón un poco entristecido:

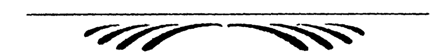
—

Busca el amor oculto en cada cosa,
quédate con el alma de la rosa,
con su aroma y color;
y de las alas de la mariposa
toma el vuelo sutil, la gracia leve,
y hallarás en la vida que es tan breve.
una divina suavidad de amor.
Busca en la quieta fuente
la armonía del agua que hace santa
la enorme soledad;
busca en la ondulación de la corriente,
que á veces llora y otras veces canta,
el hondo arcano de la libertad...
No interrogues al astro
perdido en el zafir,
por tu senda ó tu rastro
ó lo que ha de venir. . .
Pregunta por su luz tan dulce y pura,
pregunta por su inmensa trayectoria,
y si es verdad que en la celeste altura
existe ó no la gloria. . .
Busca, en fin, un amor en cada cosa
y cada amor te ofrecerá una rosa. . .

—

Yo, mientras tanto, buscaré en las cosas
una lágrima oculta, una tristeza.

Es justo. En mis jardines ya no hay rosas,
sino espinas: ¡las lleva mi cabeza!
He cambiado las llaves del cariño
por las llaves del cofre del dolor,
y voy, ó como un viejo ó como un niño,
muerto para las glorias del amor.
Quede en tus manos, pues, la mariposa,
quede en tus manos la divina rosa,
el agua mansa y la celeste luz,
y déjame en limosna, la tristeza,
las espinas que ciñen mi cabeza
y más que todo, mi sangrienta cruz. . .



Claro-obscuro

¿Tinieblas nada más? También auroras
en la vida, que es gama de matices.
Nadie puede decir que nuestras horas
son siempre ó desdichadas ó felices.

—

Rayos de sol volcados de la altura
y sombras que vomita la hondonada,
amasan lo que muere y lo que dura,
la plenitud de vida con la nada.

—

Gotas de miel con gotas de veneno
junta la fuerza de una alquimia oculta,
que es la que funde en el azul sereno
la voz del que bendice y del que insulta.

—

Ciega una luz que eternamente alumbra
y una noche perpetua causa encono.
El hombre ama en las luces la penumbra
y busca en la armonía el semi-tono.

—

No persigue, en su afán, el desencanto
ni la pasión bestial que asfixia y muerde:
va tras la encarnación del sueño santo,
del amor que acaricia y no se pierde.

El todo es el contraste: en él hallamos
algo consolador para la vida,
algo que flotará, cuando muramos,
sobre el montón de arcilla corrompida.

—

El contraste es la síntesis grandiosa
en que noches y días se resuelven:
hace de un cráneo el tiesto de una rosa,
y muerte y vida así se desenvuelven.

—

No es mito: de la carne de los muertos
que disuelve la tierra, nace vida,
vida que es flor brotada en los desiertos
ó en el aire libélula encendida.

—

Tras las lágrimas hay risa argentina,
al lado de un placer surge una pena,
y si es réproba, amando, Mesalina,
amando es perdonada Magdalena.

—

¡Es ley fatal! La lumbre de la altura
y la sombra en lo bajo condensada,
amasan lo que muere y lo que dura,
la plenitud de vida con la nada.

—

¿Vesania ó ilusión?... Misterio acaso
de la grande y genial Naturaleza.
¿Qué más da?... En la alborada y el ocaso
fulge y arde la luz, que es la Belleza.

28 Abril 1900.

EN LA CUMBRE

He llegado á la cumbre: ya mi frente
toca las nubes y en la luz se abisma,
y ya el alma sin vértigos, se siente
árbitra y soberana de sí misma.

—

¿Que están mis pies sangrando y que la cuesta
he mojado con lágrimas?.. No importa:
¡la visión de la luz nunca molesta!
¡toda ascensión triunfal es siempre corta!

—

¡He llegado á la cumbre!... Aquí el ensueño
de las bajas llanuras cristaliza;
aquí, con besos de oro, un sol risueño
las flores y las piedras fecundiza.

—

Disuelto en un raudal de lumbre viva
el velo de tinieblas del arcano,
surge el águila indómita y altiva
y rueda á los fangales el gusano.

—

En las sublimidades de la altura
no existen las miserias de lo bajo:
¡ni siquiera se posa en la flor pura
el grosero y odioso escarabajo! . .

Todo es luz que disipa las cegueras,
todo es aire que ensancha los pulmones. . .
¡Oh! en la cumbre no hay más que almas austeras
ni alientan más que grandes corazones.

—

Los débiles claudican; los mochuelos
se desploman heridos por la lumbre,
y arrastrándose siempre por los suelos,
las limazas no llegan á la cumbre.

—

¡Oh cumbre soberana, oh alta cima
requerida con ansia en la jornada!
¡oh cima en que la Idea se sublima
á través de una génesis sagrada!

—

He llegado hasta tí. . . Ya con mi frente
toco las nubes y en el sol me abismo;
ya mi cerebro remozado siente
que es dueño y soberano de sí mismo.

—

Y aunque ruja el turbión y estalle el trueno
de pié sobre tu mole de granito,
yo tendré siempre el corazón sereno
empapado en la luz del Infinito.

12 Mayo 1900.

❧ ❧ ❧

FLOR VIRGEN

Ayer la recogí durante el viaje,
é intactos aun sus pétalos conserva.
Nutrida con las lluvias del celaje,
su olor, que es para mí divino eraje,
no hastía el corazón ni el almá enerva.

—

En su odorante y casto gineceo,
cifra de mis ensueños y caricias,
durmió temblando mi primer deseo,
mi aspiración de triste Prometeo
sin saludable paz ni horas propicias.

—

¡Cuán áspero y horrible era el camino
que obscurecía brumazón helada!
¡Qué dolor para el pobre peregrino
viajar, sin la visión de su destino,
por una tierra ingrata y desolada!

—

Pero surgió la flor, flor intuída
en medio de mis dudas y tristezas,
y sentí de improviso en mi alma herida
la transfusión del fuego de la vida
que cambia desazones en ternezas.

Algo, como la luz del paraíso,
penetró en mi cerebro: la flor nueva,
ni amarga ni fatal como el cityso,
á mi pálida sien unirse quiso,
y desde aquella vez mi sien la lleva.

—

¡Oh! Para esa flor mística y secreta
invenida en mi viaje, no hay borrascas...
Vivirá como el numen del poeta,
ardiente sí, pero también discreta
lejos de brumazones y ventascas.

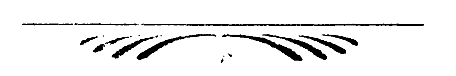
—

¿A qué buscar la niebla que obscurece?
¿A qué retar al viento sin entrañas?
¡La flor vive mejor y no envejece
cuando, apartada de las zarzas, crece
en la cima eternal de las montañas!

—

¡Bien está allí! Cuando con triste paso
á mis últimas tardes me dirija,
no viajaré tan olvidado... Acaso
caiga conmigo en un perpetuo ocaso
esa flor virgen, de mis ansias hija.

31 Marzo 1900



PSYCHE

Va el alma... Como buque misterioso
surca el mar del Ensueño. La ola eterna
de la vida la arrulla, y sobre el férvido
oceano ideal por donde viaja,
hay como un rompimiento de crepúsculos,
de soles nuevos entre cuyos rayos
vága una forma de mujer: la Idea.

—

Va el alma... De la gran Naturaleza
esquiva la verdad árida y triste.
No el fuego del volcán, no el terremoto
ni la tormenta quiere. Va hacia arriba,
hacia la llama del Amor, al suave
latido del espíritu, á la bella
aurora luminosa del cerebro...

—

¡Cómo brilla la senda! Arranca y surge
de lo más hondo del dolor humano,
y en espiral gloriosa, pero lúgubre,
se pierde en el misterio. Sangre y lágrimas
florecen en la vía de los sueños
y sobre ella resuenan los gemidos
de las almas vencidas y maltrechas...

Subre el alma. La cruz pesa en sus hombros,
la diadema de espinas en su frente:
no va con regia túnica; el harapo
de la burla sacrílega la cubre...
Suda sangre, agoniza, la sepultan,
pero resurge siempre al tercer día
y redime del fango á las conciencias...

—

¡Allá va! Es la perpetua nazarena
crucificada siempre y siempre viva...
¡Cómo brillan sus lágrimas de pena
sobre mi frente mustia y pensativa!

RISAS TRISTES

Entre el celaje gris, por un resquicio
de las nubes que ruedan, brilla y ríe
el astro vesperal, pero su risa
como la de una histérica es muy triste.

Sobre el campo abonado con cadáveres
vuelven á acariciarse Amor y Psiquis;
se abrazan en la gloria de los campos
y ambos se ríen y su risa es triste.

Así yo. En los cataclismos interiores
que sacuden mi sér, cuando me afligen
el desengaño y la traición, florecen
en mis pálidos labios risas tristes.

Yo amo las risas tristes: son las flores
que tienen agarradas sus raíces
al fondo de la tumba de mis sueños
que hicieron germinar risas tan tristes. . .

Yo amo la risa de la pobre madre
cuando habla de sus muertos chiquitines
y pondera sus gracias, y al hacerlo,
mezcla su llanto con sus risas tristes. . .

Yo amo el dolor humano que se alumbra
con la luz de las risas juveniles;

yo quiero á Rigoletto y quiero á Momo
cuando cruzan su faz las risas tristes. . .

Yo amo la risa trágica, la risa
con que los cráneos tétricos se ríen. . .
¡Qué hermosa es en la boca de un cadáver
la última aurora de su risa triste! . . .

¡Venga la risa triste! ...¡Es mi careta!
Con ella libro de dicterios viles
lo santo del dolor. ¡Yo te bendigo,
máscara buena de mis risas tristes! . . .



A HISPANIA

Te hablo en tu lengua; mis versos
te dirán que hay un amor
que, en la hecatombe pretérita,
su raigambre conservó
en lo más hondo y arcano
de mi pecho. Es como flor
que han respetado celliscas
y avalanchas de pasión,
flor abierta suavemente
en cumbres llenas de sol
á donde sube el espíritu,
de sus quimeras en pos,
para rezarte:—¡Oh Hispania!
¡oh dulce idioma español
el del arcipreste de Hita,
el de Lope y Calderón,
el de Juan Mena y Cervantes,
de Pereda y de Galdós!
¡oh dulce lengua que irradias
tu latina irisación
y encierras la amplia eufonía
de toda una selva en flor,
pues eres susurro de agua,
gorjeo de ave, canción

de brisa leve en las hojas,
en mañanitas de sol!...
En esta lengua, oh Hispania,
balbuciente formuló
mi alma en los días niños,
sus caprichos, su candor;
y en las horas juveniles,
cuando hicieron irrupción
en mi vida las primeras
exaltaciones de amor,
también fué tu idioma egregio
el que sirvió á mi ilusión
y la dió plumas divinas
de mágico tornasol
para llegar hasta el fondo
de un lejano corazón
y decirle:—Ven conmigo
y dame un beso de amor.
Murió este amor. En mi pecho,
muerta la hoguera, restó
un puñado de cenizas
de la pasada ilusión;
y al verme tan olvidado
de la mujer que me amó
para luego envenenarme
con una negra traición,
cuando quise maldecirla
con mi pluma y con mi voz
llorando de pena y rabia,
la maldije en español.

Y en tu idioma, que es un iris
por su fulgencia y color,
voy dando á todos los vientos
trozos de mi corazón,
mis líricos fantaseos,
mis optimismos, mi horror
por lo prosaico, y mis gritos
de protesta y rebelión
contra todas las limazas,
contra el buho y el halcón,
contra la sierpe asquerosa
que quiere alzarse hasta el sol,
contra «chaturas estéticas»
que nos roban la emoción,
contra Verres coloniales
y su dólar corruptor
y contra todos los hombres
que hacen tan fiera irrisión
del derecho de mi pueblo
á ser su único señor....
¡Oh noble Hispania! Este día
es para tí mi canción,
canción que viene de lejos
como eco de antiguo amor,
temblorosa, palpitante
y olorosa á tradición,
para abrir sus alas cándidas
bajo el oro de aquel sol
que nos metiste en el alma
con el fuego de tu voz

y á cuya lumbre, montando
clavileños de ilusión,
mi raza adoró la gloria
del bello idioma español,
que parlan aun los Quijotes
de esta malaya región,
donde quieren nuevos Sanchos
que parlemos en sajón.
Pero yo te hablo en tu lengua,
oh Hispania, porque es su són
como música de fuente,
como arrullo encantador
y como beso de vírgenes
en primaveras de amor...

(*Día Español de 1913*)

No cierres tu puerta...

Un labio lejano me ha dicho
que tienes cerrada tu puerta....
Si es cierto, reforma el capricho:
¡tu puerta ha de estar siempre abierta!

—

Abierta á las aves del cielo,
abierta al rumor de las brisas,
al goce, al dolor, al consuelo
y al triste que pide sonrisas....

—

Abierta á los claros de luna,
al suave perfume de Mayo,
al lloro del niño en la cuna
y al viejo que tiembla en desmayo...

—

No cierres tu puerta. ¿No sabes
que cruzan el largo camino
mil sombras, mil vidas, mil aves
que ignoran su obscuro destino?

—

Tu mano que abrió las entrañas
del suelo, y halló un gran tesoro,
arroje las llaves extrañas
que cierran tus puertas al lloro.

Preparen tus manos la mesa,
el plato de arroz y hasta el vino.
¡La sombra en la luz hace presa,
y es largo y tortuoso el camino!

—

Que sea, en la vida, tu techo
la fuente que lave los males,
que cierre las llagas del pecho,
que borre las penas mortales.

—

Si quieres que nazcan al paso
de tu alma, las rosas celestes,
acoge el dolor del ocaso
y zurce las míseras vestes.

—

Bien sabes que es noble y es santo
alzar al que cae en la vía.
No dudes, ni niegues. El llanto
secado es raudal de alegría.

—

Si pones tu mano en la mano
del pobre, Dios besa la tuya.
No cierres tu puerta ¡oh mi hermano!,
no sea que de ella Dios huya...

—

Ten siempre dispuesta tu casa
y esté á todo huésped abierta,
que acaso la sombra que pasa
es sombra de tu madre muerta...

No cierres tu puerta. ¿No sabes
que cruzan el largo camino
mil sombras, mil vidas, mil aves
que apenas si saben cuál es su destino?...



LOS ESPEJOS MUERTOS

He mirado un espejo muy antiguo hace poco
y sentí que lloraba y me volvía loco. . .
Es un encanto trágico el de estos vidrios muertos
que irradian la tristeza de los sitios desiertos,
y parecen al pobre corazón sensitivo
los ojos de un cadáver en que se viese un vivo. . .
Un espejo olvidado en un rincón polvoso
es siempre el florilegio de algún tiempo dichoso;
es como el resto mínimo de lo que ayer fué lago
y en donde ahora sólo pasa el reflejo vago
de las cabezas pálidas, de los soñantes ojos,
de las ebúrneas frentes y de los labios rojos,
de los liriales cuellos y de las cabelleras
que ungían con su aroma todas las primaveras,
de toda, en fin, la serie de bellezas que fueron
mirándose al espejo y luego sonrieron
como muertas de dicha, en medio del camino,
al sentirse flechadas por Eros, el divino. . .

—

¡Cómo es dulce mirarse en los muertos espejos
de aguas crepusculares, de dudosos reflejos,
y pensar un momento que por esos cristales
desfilaron un día nuestros sueños triunfales,
—las azules trirremes con velas como lirios,
cargadas con las rosas de todos los delirios!—
¡Cómo es bello asomarse, al trasponer la cumbre,
á esos remansos vítreos que han perdido su lumbre,
y ver, como en el fondo de una muerta piscina,
la sombra de las alas de una ilusión divina
que sobre nuestras frentes volase quizás lejos,
pero sobre el haz siempre de los muertos espejos!. . .

He pasado mil veces ante ellos, y no puedo
sino decir que siempre temblé de pena y miedo
de ver en el espejo el llanto de las cosas,
la fuga de las dichas, la muerte de las rosas,
algo como el deshoje de ingrávidas quimeras
que se llevara el hálito de brisas pasajeras
hacia los horizontes de un país muy distante,
tal vez fantasmagórico, quizás alucinante...
Pena y miedo en el alma de no mirarme niño
como en aquellos días del maternal cariño,
sino hombre ya versado en la vital tristeza,
que ya tiene mil hebras de plata en la cabeza,
y que fué poseído de un delirio inrompible
al beber en la copa del amor imposible...
Pena y miedo muy grandes de ver en las inciertas
vislumbres del espejo, las pobres manos muertas,
las caras contraídas en rictus de amargura,
los párpados en sombra, las bocas en clausura,
de mi madre y mi padre—¡las dos amadas vidas,
para tormento mío, en el sepulcro hundidas!—;
y también miedo y pena de ver en la lontana
decoración borrosa y leve del mañana,
alguna flor marchita de mi jardín romántico,
tal vez mi mejor ave herida antes del cántico,
y en lo último del fondo de los muertos espejos,
yo, entre cuatro blandones de lívidos reflejos. . .
. . . .
. . . .
¡Ah! ¡es un encanto triste el de estos vidrios muertos
que hacen sentir la pena de los sitios desiertos,
y parecen al pobre corazón sensitivo
los ojos de un cadaver en que se viese un vivo! . . .

Octubre 13, 1907.

* * *

ROSAS Y LAURELES

A la Sociedad de Tiradores

Pasan sombras bajo el triunfo de los arcos de la gloria,
y al espléndido desfile de estas sombras augustales,
anteceden los sonidos del clarín de la victoria
y el saludo mayestático de los dioses inmortales.

—

Una sombra es femenina: sobre el haz de sus cabellos
hay un yelmo y en su diestra lanza de oro centellea;
su rodela es como un astro de magníficos destellos,
y su faz es bella y grave: ¡ella es Palas Atenea!.

—

Luego Herakles, el fornido, rey invicto de la maza,
con su cuerpo rojo y grande como el sol de los crepúsculos,
con su fuerza extraterrena que somete y despedaza
y que da sangre de dioses á la carne de sus músculos.

—

La otra sombra va solemne, la otra sombra es la de Aquiles
con su casco y con su espada, y detrás la de Teseo,
y danzando en coro armónico, las errhéforas gentiles
animadas con los himnos de la lira de Tirteo.

—

Nuevas sombras van pasando: son los ágiles atletas,
los discóbolos hermosos como jóvenes efebos,
los que oyeron en su triunfo el loor de los poetas
y el aplauso de los hombres, de los viejos y los nuevos.

—

Nuevas sombras van pasando: son los fieros gladiadores,
son las almas que no tiemblan, que no ceden, que no dudan,
son los que antes de la lucha gritan frente á sus señores:
—Ave, César, los que pronto morirán hoy te saludan!...

El desfile ha terminado. Pasa el alma de la Grecia,
pasa el alma más artística que rindió culto á lo Bello,
la gran patria de Alcibiades, la gran raza fina y recia
que dejó en toda la tierra el fulgor de su destello.

—

Ese espíritu sereno vive y triunfa en nuestros días,
en los circos y gimnasios donde, lleno de arrogancia,
estimula el cuerpo humano sus dormidas energías
y en su gesto pone el sello de la euritmia y la elegancia.

—

Saludemos á esas sombras que nos traen la memoria
de los tiempos ya pretéritos, de las épocas triunfales
en que el lírico instrumento y el clarín de la victoria
ensalzaban á los hombres y á los dioses inmortales.

—

Así el hombre es fuerte y bello, así es firme y elegante
cuando lucha en las batallas formidables de la vida;
y si cae, será siempre con el rostro hacia delante,
y si muere, habrá laureles en el surco de su herida...

3 Diciembre, 1906.



HORAS SENTIMENTALES

Bajo un sol casi muerto, el sendero era blanco.
Al amor de una acacia florida había un banco,

y en el banco, sembrado de algunas flores rosa,
un anciano charlaba con su ya anciana esposa. . .

Era de mansedumbre el aire de los dos
y decían sus ojos la pena de un adiós,

y en el ambiente quieto de la hora vesperal
sus voces se perdían con tremor de cristal. . .

El á veces alzaba estremecidamente
sus pobres manos á la altura de la frente,

y luego con la diestra, en vaga transición
del gesto, parecía buscarse el corazón. . .

¿Era un secreto ó bien un cuento de hadas?. . . Ella
tenía los ojillos puestos en una estrella,

que, al disiparse el último crepuscular vestigio,
fué insinuando en la altura su fulgente prestigio.

Después volvió su rostro en paz hacia el anciano,
dijo no sé qué cosas y le estrechó la mano.

(Una pausa). . . De pronto, monótono y sencillo,
hizo estridulaciones en su flautín un grillo,

y como alucinada por la rural sonata,
la luna abrió el azur con sus cuernos de plata. . .

¡Ah! ¡cómo se animaron, á los dulces reflejos
de la luna, los ojos de los esposos viejos,

y cómo de sus labios, temblando de emoción,
fluyó un doble suspiro que acabó en oración!. . .

Acaso recordasen bajo el lunar encanto
los días novelescos en que se amaron tanto,

las noches como aquella, bellas de amor y luna,
cuando no más soñaban que en su sola fortuna,

cuando su corazón era una gran sonrisa
y hasta tenían celos entrambos de la brisa. . .

Quizás de su memoria en todos los rincones
alzasen polvo de oro las viejas ilusiones

para donar la gracia y hechizo de un matiz
amable, á sus dos vidas casi ya sin raíz . . .

Acaso memorasen el perfume lejano
de la flor que él la daba con cariño de hermano,

y el dulzor, y la llama, y el temblor de los besos
que ayer sagitalmente penetraban sus huesos.

Acaso . . . (Pero ¿á qué conjeturar ahora
cuando la misma luna nace reveladora?)

Los viejecitos siguen hablando y se sonríen;
lactescencias de ensueño las estrellas deslíen,

y en la gloria nocturna, monocorde y sencillo,
llora estridulaciones en su violín un grillo . . .

Una nube. La luna se arropa como en duelo.
Llegan más nubes, más . . . Los viejos sin consuelo

se levantan del banco que sombrea la acacia
y parecen temblar por no sé qué desgracia.

Echan á andar. Sus pasos sobre las muertas hojas
del camino, sugieren multiformes congojas.

Y mientras los dos solos ambulan en silencio,
su sitio ocupo y desde allí los reverencio,

pensando que la luna, en cuya luz espero,
debía llenar siempre de encanto mi sendero . . .



CLARO DE LUNA

—No me digas jamás que no me quieres
ni que lejos de mí gozas de calma...
¿Hay alguna entre todas las mujeres
que, como tú, me haya robado el alma?

—

¿Que es mentira? No tal, nunca lo creas.
mujer amada cuanto más esquiva...
Yo que jamás disfrazo mis ideas,
he resuelto quererte muerta ó viva.

—

¿Te ríes? Velo bien y no te rías,
porque me haces con tus risas daño:
oye, yo pienso en tí todos los días
y en tí sueño de noche... ¡No te engaño!

—

¿Podrás creer que siempre que presiento
que no has de responder á mi cariño,
me entra en el corazón un desaliento
y me pongo á llorar cual llora un niño?

—

Mira, tenme piedad, dí que me quieres,
aunque al hablarme así, pierdas la calma;
dí que nunca han sabido las mujeres
dar, como tú me das, á un hombre el alma.

Calló la voz, y tras el suave arrullo
de los dulces requiebros, una mano
nerviosa y femenil, tiró un capullo
acaso de la flor soñada en vano.

—

Y la luna, asomándose entre nubes,
iluminó una virgen cabecita
parecida á esas otras de querubes
que se sonríen con piedad bendita.....

—

Bajóse el mozo á recoger la ofrenda,
tomó la flor y la besó convulso,
y, aunque tal vez ninguno lo comprenda,
sintió aquel mozo que se le iba el pulso.

—

¡Cuál le dolía el corazón inquieto!
¡Qué ganas de llorar tenía el hombre,
viendo que, al revelársele el secreto,
su alma moría en un placer sin nombre!

—

Quiso retroceder, mas ya era tarde.
Inexplicable fuerza le atraía
hacia la reja á que llegó cobarde
con la duda que el pecho le mordía.

—

—¿Es verdad que no me odias, que me quieres?
¿No te dará mi corazón hastío?
—Yo te amo y no te odio: otras mujeres
no te querrán con el cariño mío.

Ven á mí ¿por qué tiemblas? yo soy tuya;
yo te amo así para que tu alma viva;
es preciso que á tí te restituya
la paz que te robé cuando era esquiva.

—

¡Ven á mí!—Y al decirlo la doncella
con su voz de inflexiones sugestivas,
sonriendo alumbró la luna bella
dos bocas que se unían convulsivas....



FANTASIA CARNAVALESCA

... Y cruzaban... y cruzaban sobre el lomo verdinegro
del antiguo Pasig, todas
las espléndidas y gráciles, las espléndidas «pagodas»
como notas fugitivas y triunfantes de un alegro
fusionado con las odas, con los ecos de las odas
que exhalaban de sus labios,
parecidos á sublimes instrumentos
de invisibles gnomos sabios,
los espíritus acuáticos y las diosas de los vientos........
... Y cruzaban las «pagodas»
y cruzaban las «pagodas» cual visión de mil colores,
como regias invitadas á las bodas
de la luz de las estrellas y el aroma de las flores ....
¡Y eran flores—flores bellas—
las que mórbidas y esbeltas y rientes,
arrastraban al claror de las estrellas
y al sollozo de las aguas somnolentes,
sus disfraces de princesas,
de princesas refulgentes
y de históricas marquesas
con magníficas diademas y con túnicas crujientes. ....

—

Ya arribaron todas, todas
con sus pórticos y flámulas y sus globos de escarlata.
ya arribaron las «pagodas»!......
Las «pagodas» han tocado la marmórea escalinata
del palacio del Gran Hombre
de mortífera sonrisa, y cuyo nombre
lo repiten las corrientes de las aguas y los vientos en sus odas
y en los flébiles arpegios de su eterna serenata...
Ya están quietas las «pagodas», ya están quietas
cual quelónidos fosfóricos
que han plegado sus aletas
escindidas en las ramas de los bosques madrepóricos......

Ya las flores van brotando— ¡flores bellas!
flores mórbidas, rientes
que recogen, al claror de las estrellas
y al murmullo de las ondas balbucientes,
los cendales de sus pétalos divinos
y las nieblas de sus túnicas crujientes
empapadas en la gama de color de los ardientes
paisajes filipinos......
Los voltaicos van vertiendo de sus ánforas de plata
raudales diamantinos,
y en la lámina del agua y en la breve escalinata
la luz blanca va escribiendo mil ensueños peregrinos,
mil curiosas historietas
de mundanas é inocentes, de galanes y poetas
y de flores... y de flores
que vibraron entre ráfagas inquietas
de los cierzos destructores,
y murieron en un vértigo de amores,
reposando todas, todas,
al igual de las gloriosas, las espléndidas «pagodas»
que se aduermen, que están quietas
como saurios gigantescos, cual quelónidos fosfóricos
que han plegado sus aletas
desgarradas en las puntas de los bancos madrepóricos.....

—

Está lleno el gran palacio. En los fúlgidos salones
los disfraces van bailando
y ondulando
al compás de locos valses y corteses rigodones.
Está lleno el gran palacio. Los voltaicos sinfonizan
un poema de alas blancas y eucarísticos jazmines,
mientras mugen los trombones,
mientras miman los violines
con sus mimos que electrizan,
y rotundos bordonean los pastosos violoncelos
unas músicas de ensueño que la mente narcotizan
como un opio de los cielos,
y derraman los oboes
la armonía voluptuosa del amor y del idilio
que recuerda bellas páginas del gran Longo y de Virgilio
—¡bellas páginas soñadas en la Hélade y el Lacio,
tierra azul de las ideas!—
con sus Dafnis y sus Cloes,
con sus Títiros agrestes y sus lindas Galateas....
¡Está lleno el gran palacio!

... Y se agitan los disfraces en tumulto pintoresco
y fascinan con sus ropas,
con sus ropas policrómicas, con su rostro pierrotesco,
y entre rápidas volutas del furioso torbellino,
burbujea efervescente hasta el borde de las copas
delicadas y sonoras, la alegría del buen vino.
Las parejas se entrelazan
las parejas sudorosas se entrelazan en la fiesta
como ramas de mil árboles que se funden y se abrazan,
y á los sones de la orquesta
que acaricia con sus flautas, sus oboes y violines,
los sedeños zapatitos y los nítidos botines
van trazando nuevas vueltas y espirales,
nuevas curvas ideales
á la luz de los voltaicos semejantes á jazmines,
á jazmines de florestas siderales
de corolas luminosas, de pistilos colosales,
mientras sobre el lomo ingente del gran Pasig verdinegro,
las «pagodas», todas .. todas
las hieráticas «pagodas»,
se fastidian y bostezan, envidiosas del alegro
las fantásticas «pagodas»...

. . . .

. . . .

Ya amanece. Ya el sol bello pontifica en el espacio,
en su altar de azul y grana y con su hostia de topacio.
¡Ya está mudo el gran palacio!..

Diciembre de 1903.

Por el camino incierto...

El camino era largo. Yo iba solo. La luna
derramaba en las cosas una luz triste y pálida,
y mi sombra—¡qué sombra tan aislada y tan bruna!—
se alargaba en el polvo caminal, muy escuálida.

—

¡Cómo es bueno sumirse en la paz de la noche
y creerse olvidado en mitad del camino,
cuando arriba la luna, en amable derroche
de luz blanca, nos dice que es incierto el destino!...

—

Todo dice lo mismo: el perfume que brota
como un alma fragante de los cálices muertos;
el anhelo impreciso, la pasión que es ignota,
hablan de nuestros pasos y destinos inciertos.

—

¿Dónde estoy? ¿Por qué vivo? ¿En qué sitio diverso
del camino que cruzo, me encontraré mañana?
¿En qué hora de mi vida, otra vez, con un verso,
evocaré el recuerdo de amor de un alma hermana?

—

El camino es tortuoso, y es incierto, y es largo,
y mi sombra, al morir de la luna, se esfuma,
y de lo hondo del pecho un sedimento amargo
va subiendo, subiendo como trágica espuma...

—

En la paz del camino una rosa se ha abierto,
pero allá en el espacio se ha extinguido una estrella...
¡Son la Vida y la Muerte!... ¡Lo de siempre!... Lo incierto
que en todos los senderos va poniendo su huella...

Corazón, ¿por qué lloras? ¿A qué vienes, Tristeza?
Lo indeciso es la vida, es bondad la penumbra.
En los términos vagos está la honda belleza
que alucina y conmueve, pero nunca deslumbra.

—

Un murmullo de frondas, un frufrú de quimeras
que volasen por entre los jardines del alma;
unas cosas aladas, vagarosas, ligeras
que nos diesen un beso y llorasen en calma;

—

todo sueño sin forma, toda dicha imprecisa,
todo aroma enigmático, todo amor errabundo,
todo el suave prestigio de una media sonrisa...
¡todo eso es el gran todo de la vida y el mundo!...

—

El sol claro y ardiente, con su luz vigorosa,
deja ciegos los ojos y hace arder la cabeza;
pero la luz á medias es dulce y es preciosa...
Corazón, ¿por qué lloras? ¿A qué vienes, Tristeza?..

—

Sé bueno y silencioso, corazón, y no llores
por la estrella apagada y la rosa que ha muerto:
sé sabio eternamente: somos astros y flores
que si arden y perfuman, van á un destino incierto.

. . . .

. . . .

—

El camino no acaba. Estoy solo. Yo ignoro
cuándo y dónde diré: ¡Mi viaje ya está hecho!...
Sólo puedo deciros que, sin quererlo, lloro,
y que ese llanto es mi único amor dentro del pecho ..

Kalookan, 26 Julio 1907.

❧ ❧ ❧

MARCHA FUNEBRE DE CHOPIN

Pausas, grandes pausas, notas largas,
estertores musicales, lloriqueo de almas rotas,
fusión de cosas amargas,
y entre el lloro de las notas
lamentables y solemnes, melancólicas y graves,
un olor á flores mustias,
un vuelo de negras aves
cantando en el aire gélido la canción de las angustias.
Pausas, grandes pausas. *(Va el cortejo*
con sus sombríos crespones
por la calle silenciosa, de los cirios al reflejo,
farfullando rezos tristes. Los relinchantes bridones
estremecen sus gualdrapas
y sacuden sus airones
negros como las coronas, las estolas y las capas. . ,)
Pausas, grandes pausas. Amarguras,
humedades en los ojos, en el pecho una honda herida. . ,
¡oh, flor de las sepulturas!
¡oh, tristeza de la vida!

*
* *

De repente un gran quejido, de repente un gran lamento.
una armonía inefable,
un suspiro sofocado bajo las alas del viento. . .
¡algo que queda imborrable!. . .
(El muerto va en la carroza
anegada hasta los bordes de muchas rosas muy pálidas. . .
Detrás, la pobre familia que padece y que solloza,
¡caras de pena que cubren temblonas manos escuálidas!)

El quejido pasa y muere
en languidez dolorosa,
y á lo lejos va llorando sus llantos el *Miserere*,
¡triste canción de la fosa!
. . Y luego una melodía,
una música de ensueño y de aflicción resignada,
como el hielo, blanca y fría,
como el beso, delicada. . .
(El cuerpo es el del Amado... ¡Adiós! Blanquea un pañuelo
sobre el negror de unos ojos
que suben desde el cadáver hasta la gloria del cielo
lleno de matices rojos ..)
Crepúsculo. Entra el cortejo en la ciudad de los muertos.
Pausas, grandes pausas, notas largas,
armonías lamentosas, soledad de los desiertos,
¡inmensas cosas amargas!....

*
* *

¡Oh, Chopín! ¡oh, gran maestro!
(*Ya están cayendo las hojas, ya está cayendo la escarcha.*)
haz que suenen en el aire melancólico y siniestro
cerca á mí las armonías funerarias de tu Marcha ...

Octubre 1905.



Buen Quijote... ¡salud!

Buen Quijote ¡salud!... Eres la imagen
de esa entusiasta humanidad que sueña,
y que, aunque fieras críticas la ultrajen,
ó sube con su sueño ó se despeña.

—

Buen Quijote ¡salud!... Por tí mi copa
alzo hasta las estrellas diamantinas...
Al brindis que en tu honor pronuncia Europa,
tiene que unir su brindis Filipinas.

—

Pasa con tus hidalgas bizarrías...
¿Qué importa que esté flaco Rocinante
ni que digan de tí que desvarías,
si no está Dulcinea tan distante?

—

Dulcinea está allí, tras los molinos,
fulgura en la moharra de tu lanza
y flota en tus arranques peregrinos
con las alas de luz de la esperanza ..

—

Ella empujaba tu rocín raquítico,
ella movía tu mohoso acero,
y aunque ella te inspirara un amor mítico,
ella fué quien te hiciera caballero...

—

¡Adelante, Quijote! Eres reflejo
de todos cuantos mueren por su idea.
Como tú, el soñador llegará á viejo,
pero tendrá, cual tú, su Dulcinea.

Dama esquiva tal vez é inaccesible,
dama con velos de ilusión vestida,
pero que no es absurda ni imposible,
porque suele alcanzar eterna vida.

—

Tu progenie no ha muerto. A cada paso,
en los prosaicos días actuales,
va un caballero enflaquecido y laso
siguiendo, hasta morir, sus ideales . . .

—

Todos cruzan el campo del Ensueño
armados como tú de punta en blanco,
sobre el pobre rocín ó en Clavileño
y con la sombra de algún Sancho al flanco.

—

Sancho es la media humanidad que ríe,
la media humanidad que satiriza
toda acción ó pensar que se desvíe
de la torpe rutina que idiotiza. . .

—

Es la realidad dominadora,
la ruda concepción positivista.
Mientras Quijote á Dulcinea adora,
Sancho piensa del pan en la conquista. . .

—

Porque tú, oh buen Quijote, eres la imagen
de esa otra media humanidad que sueña
y que, aunque rudas críticas la ultrajen,
ó sube con su sueño ó se despeña. . .

—

Buen Quijote ¡salud! Por tí mi copa
alzo hasta las estrellas cristalinas. . .
Al brindis que en tu honor pronuncia Europa
tiene que unir su brindis Filipinas. . .

MANOJITO DE ROSAS

(Para "Ang Pilipinhon", en su primer aniversario).

El acero de mi pluma
se va herrumbrando. Mi numen
es fuente casi agotada
y floresta sin perfume.
Este bregar de continuo
por entre espinas y cruces
y este sentir en los ojos
llantos que no hay quien endulce,
porque está sordo el oído
ó encuentra mengua en que escuche;
este exprimir el cerebro
y pedirle eternas lumbres
y encerrar la luz en párrafos
que guíen á multitudes,
captando el matiz del día,
yendo á las cimas ilustres
del intelecto político
á «interviewarle» al gran Júpiter
fiero y tonante, ó al menos,
ver si se alegra ó se aburre;
forjando este día estrofas
y mañana un cuento lúgubre,

y penetrando en las vísceras
de cuantos hechos ocurren;
este bregar tan complejo
ante horizontes sin luces
y en un ambiente en que sólo
vibra la queja del yunque,
me tiene lejos, muy lejos,
de aquellas celestes cumbres,
de aquellos jardines líricos,
de aquellas fuentes azules
en que se perdía el alma
entre ondas, flores y nubes,
borracha de sol y luna
y de otras cosas tan dulces
como el ensueño divino
de un amor que llega y huye. . .
Y como vivo tan lejos
de esas cosas que seducen,
mi pobre lira está llena
de polvo, y aunque la pulse
una y mil veces, mi lira,
que ayer tuvo dulcedumbres,
en vez de tejer canciones,
llena mis dedos de herrumbre.
La prosa, la ruda prosa,
me cerca, y oprime, y tunde,
y es que este siglo veinteno
en que todo vuela y fulge
ha llenado hasta el Parnaso
con sus guarismos que aturden

y entretejido en las cuerdas
de las cítaras ilustres
la raigambre de conflictos
que enloquecen y confunden
y dan al lauro de Apolo
color de guirnalda fúnebre. . .

—

Pero ¡no! No siempre el agua
del arroyo será afónica
ni habrá siempre en el brasero
del numen ceniza sola.
¡Hay estímulos tan hondos
y voces tan poderosas!. . .
¡está la común barquilla
tan á merced de las olas
y la enseña familiar
tan triste que ya no flota,
que cobra arranques de súbito
la hoguera del alma, y cobra
gallardos bríos el arpa,
y hay en la vida una aurora! . . .
Brío, luz y arranque nacen
del deber, y hasta la sombra
que nos ciñe, pare estrellas
coruscantes, cegadoras.
Amor de Patria y de hermanos,
amor que es íntima gloria
y á cuyo beso no hay mente
ni voluntad que esté floja,
¡oh amor! tú das á mi lira,

después de tediosas horas,
este fervor melodioso,
estas sencillas estrofas
en que envío humildemente
á las bellas tierras moras,
con hilo cordial atado,
un manojito de rosas.
Rosas mías, rosas simples
que no sé si aún aroman,
pero que son del jardín
en que mi Musa es señora
y en cuyas brisas susurra
la voz de la Patria toda.
Tened mis flores, amigos,
los de las plumas que forjan
pensamientos para el alma
de multitudes ansiosas;
tened mis flores; ponedlas
en vuestra egregia corona,
y contentaos con ese
manojo de pobres rosas,
porque en mis cofres modestos
no lucen más que esas joyas.

6 Enero 1914.



EL DOLOR DE LAS CUARTILLAS VIRGENES

Quedó sin nada en la mesa la inmaculada cuartilla
y yo me dí en pensar hondo pidiendo una maravilla
á la luz chisporroteante de una candela amarilla
de pena... Quedó sin nada la inmaculada cuartilla.

—

Yo quise llenar el pliego, casto por sus resplandores,
de mis locuras de niño, de mis risas y dolores,
del aroma inolvidado de no sé qué santas flores,
y así convertir el pliego en libro de mis amores.

—

Era la noche de luna. Fuera decían los vientos
el suspiro milenario de sus plácidos lamentos.
En mi frente había un loco florecer de pensamientos
y de tristezas nocturnas... Fuera lloraban los vientos.

—

Mis pobres quimeras iban rotas en el torbellino;
mis piés no tenían rumbo ni mi espíritu destino;
pero allá lejos un niño, un niño ciego y divino
me disparaba una flecha y me enseñaba el camino.

—

Tomé la pluma. En mi mano hubo temblores febriles,
miedo de no encarnar nunca en las palabras sutiles
la voz de mi vida; el miedo de un bebé de cuatro abriles
á las brujas y los duendes de los cuentos infantiles.

—

¿Qué escribir? ¿Qué pensamientos consignar en aquel trozo
de papel? ¿Mis ilusiones? ¿La hora triste ó la del gozo?
Miré dentro de mi vida, y mi vida era un destrozo;
miré fuera, y desde fuera llegó á mí un hondo sollozo.

Solté el cálamo. Mi vida no me daba la respuesta;
no había una flor en toda la inmensidad de la cuesta;
la fatiga siempre grande, la carga siempre molesta,
y en el aire ni el susurro de la más leve respuesta.

—

¿Qué escribir?... La tinta oscura del tintero era tristeza,
tristeza el silencio augusto de la gran Naturaleza,
y, en medio de este dualismo de dolor y de aspereza,
se moría lo más triste de lo triste: mi cabeza.

—

Quedó sin nada en la mesa la cuartilla inmaculada.
Hundí en las manos mi frente ardorosa y quebrantada;
pedí al pábilo amarillo la lumbre de una mirada,
y en el fondo de mi vida no hubo nada, nada... nada.

—

¡Oh vacío de las almas!.. ¡oh negras horas tediosas
en que no hay para las manos que tiemblan divinas rosas
ni para los ojos tristes un vuelo de mariposas
novias del sol! . ¡oh infinita pesadumbre de las cosas!...

—

Dejadme esta noche solo retroceder á mi cuna,
ver que la besa y la envuelve un suave rayo de luna;
no me arranquéis de los ojos una lágrima importuna...
¡Dejadme solo esta noche, que la noche está de luna!..

—

Alcé mi frente. La Vida no me daba su respuesta.
No había una flor en toda la inmensidad de la cuesta;
mi fatiga siempre grande, mi carga siempre molesta,
y los labios de mi Musa no me daban la respuesta...

—

Y mientras yo meditaba sobre la virgen cuartilla,
penetró por mi ventana un ave de pesadilla;
yo pedí que me cantara un canto de maravilla,
y el ave mató la luz de la candela amarilla.

Quedó sin nada en la mesa la cuartilla inmaculada.
Hundí en las manos mi frente ardorosa y quebrantada;
busqué en mi cofre más íntimo alguna perla encantada,
y en el cofre de mi vida no hallé nada, nada...¡nada!...

Septiembre 29, 1910.



ANTIFONARIO

Oración de toda hora

Santa Reina del amor:
tú sabes que noche y día
te rezo la letanía
y la salve del dolor.
Tú sabes que es el deleite
de mi alma sentimental
llenar de fragante aceite
tu lámpara de cristal,
y con mano temblorosa
mi luz votiva encender
y enflorar con una rosa
tus leves piés de mujer.
Señora: por la belleza
de toda melancolía;
por la vesperal tristeza
de mi ruta; por la fría
cerrazón de mis mañanas;
por las rosas que en Abril
mueren solas y tempranas;
por toda brisa sutil
que besó flores amargas;
por toda negra visión,
y por las horas tan largas
en que espera el corazón;
por los escollos adversos
en que se estrella mi esquife;

por mis lágrimas y versos,
y por el mismo arrecife:
libértame del delito
de hablarte á veces en prosa,
Libértame: y pues contrito
estoy de mi culpa odiosa,
guárdame en tu corazón
y en tu memoria también,
y dame tu bendición
por siempre jamás. Amén.

*
* *

Oración matinal

¡Nuestra Señora de la Mañana!
Tú que deslíes
sobre las nieblas tu suave grana;
Tú que te enjoyas de mil rubíes;
Tú, soberana,
que te sonríes
como una dulce Fata Morgana:
pon en mi lengua sabor de mieles
y una sonrisa bajo mis labios.
No me des nunca laureles sabios. . .
Odio lo amargo: gloria, laureles.
Guíame al prado de tu optimismo
donde el buen Emerson, todo en sonrisa,
dijo su misa,
que era la misa de su pietismo. . .
¡Santa Mañana, reina ideal,
vaso de lirios en eclosión,
arca de gemas y de cristal!
por tí suspira mi corazón.

Reina inmortal,
manda á mi pluma tu tentación,
toda la excelsa luz de tu edén,
libra mis sueños de todo mal,
y haz que á tu diestra me siente. Amén.

*
* *

Oración del mediodía

Padre y Señor: Tú, Mithra, el del ojo sanguíneo,
gran Arquero celeste
que lo penetras todo con tu dardo lumíneo;
Tú, el de la roja veste
con orlas y con flecos de eternas igniciones;
Tú, Helios, y Tú, Osiris,
por quien vive el imperio de las constelaciones
y se hace en las alturas el milagro del iris;
Tú, bello Emperador,
envíanos tus dones,
tus púrpuras de gloria y tu vital calor:
derrite con tus brasas todos los corazones,
para que, al fin, Señor,
salgan del frío ártico de su inercia y desdén,
y en un nuevo ecuador
reciban el espíritu del Arte Nuevo. Amén.

*
* *

Oración vesperal

Madona crepuscular
que de nostalgias te vistes
cuando tristes
caen las rosas del día al otro lado del mar;

¡Madona! Tú que si pasas
sobre el camino del hombre,
dejas en toda frente prendidas las tenues gasas
de unas *saudades* sin nombre;
¡Madona! ¡Madona mía!
la de los ojos cargados de resplandores violeta,
fuente de melancolía
del poeta:
tiende tus pálidas manos
al que en tus velos de reina clava un dardo de ironía
porque no entiende tu culto ni sabe de tus arcanos,
Santa mía . . .
Dale á besar tus anillos
en que Véspero escintila,
tus collares, tus zarcillos,
tu boca roja y tranquila . . .
Y cuando tu seducción
divina y crepuscular
conquiste para tu rito algún nuevo corazón
que sepa quimerizar,
extiende sobre el neófito tus manos en bendición
¡oh Madona!
y alrededor de su sien
pon las perlas de nostalgia que tiemblan en tu corona,
por toda su vida. Amén.

*
* *

Oración de la alta noche

¡Noche! . . . Sulamita
tan hermosa y tan negra cual mis propios pesares,
como aquella que muere de langor y palpita
entre los nardos del *Cantar de los Cantares*;
emperatriz augusta del silencio y la sombra,
noche meditabunda,

salve, mil veces salve!... Por mi voz que te nombra,
por mi vida errabunda,
por mi senda cubierta de propósitos muertos
y de muertas venturas,
por la luz que no encuentran mis jardines desiertos,
por todas mis tristuras:
unge mi pecho en un claror de luna,
en un beso de brisas; dame el bien
de todos tus misterios, noche bruna,
y no me prives de tu luna. Amén.

1908.

Corona triunfal (*)

¡Esa corona es para tí!... Las flores
de que está con amor entretejida,
te dicen que sin penas y sudores
no se ganan batallas en la vida.

—

Cada pétalo suave de esas rosas
ceñidas al decoro de tu frente,
representa vigilias dolorosas,
ansias del pecho, angustias de la mente.

—

Todo esfuerzo es dolor; quien lucha, pena,
mas en ese dolor canta el progreso...
¿Qué importa que suframos en la arena
si la Gloria después nos da su beso?

—

Tú sufriste estudiando; tú celaste
la llama de tu lámpara encendida,
y en óleo de virtudes impregnaste
la senda de tus sueños preferida.

—

¿No sientes hoy, después de la jornada,
un santo goce al recordar tus luchas?

(*) Composición declamada por la Srta. Paz Ocampo, en la noche del 25 de Marzo de 1914, con ocasión de la coronación de la Srta. Cecilia Ortaliz, en el acto de la distribución de premios á las educandas del Centro Escolar de Señoritas.

¿No es verdad que, al mirarte coronada,
el gran loor de tu conciencia escuchas?

—

¡Esa corona es para tí!... Tus sienes
lleven con honra su florida carga,
que dice á todos que los altos bienes
del espíritu, exigen lucha amarga.

—

"Alza tu tersa frente"—te diría
con la musa del Mártir filipino;
álzala hasta el cenit, hermana mía,
y enséñenos su gloria tu camino.

—

¡Qué bien estás así con esas flores
sobre el rubor ingenuo de tu testa!
¡Gloria á tí! ¡gloria plena á tus sudores!
¡gloria á tu esfuerzo que venció la cuesta!

—

Suenen clarines en tu honor; enciendan
luminarias las almas á tu paso,
y, si es posible, que en tu vía tiendan
nuestras albas sus túnicas de raso.

—

Porque es tan santa la energía humana
y tan arduo luchar sin dar un grito,
que quien llega á la cumbre soberana
debe tener por premio lo Infinito.

—

Y lo Infinito es tu conciencia pura,
ella te aplaude en este mismo instante

y te dice amorosa, mas segura
de vencer:—¡Hay más sendas! ¡adelante!

—

¡Adelante! repiten nuestras bocas;
nadie vea si el paso tiene espinas...
¡Somos pocas aún, somos muy pocas
para alzarle hasta el cielo á Filipinas!

16 Marzo, 1914.



Á MEDIA NOCHE...

Es ya la media noche. Y como no consigo
fiar mi pena al sueño, he abierto mi ventana,
y me he quedado viendo en el jardín amigo
las dulzuras románticas de la luna, mi hermana.

—

El jardín es un lírico poema d'annunziano
y es un símbolo ibsénico la luna en el jardín,
y entre estos dos misterios, á lo lejos, un piano
llora un sentimental nocturno de Chopín...

—

¡Cuánta quietud!... Los plátanos cabecean al viento
y me perfuma el alma lo hermoso de la noche.
Clarinean cien gallos, y luego, lento, lento,
por el camino próximo pasa rodando un coche.

—

¡Un coche! ¡y á estas horas!... El auriga se duerme,
filosofan los pencos y está muerto un farol...
Alguien canta en el coche, y llega á estremecerme
aquella voz quemada de beber alcohol.

—

En el aire ha latido un olor á pecado,
á no sé qué perfume cortesano y fatal...
¡Quién sabe si el borracho que hace poco ha pasado,
ha bebido el encanto de las flores del Mal!..

—

Otra vez el sosiego. Las estrellas de argento
hacen guiños lejanos desde el pálido azur;
el jardín ilusiona, huele á besos el viento,
y la luna naciente es como una segur.

Mi mente está florida de hondas dubitaciones
y ya olvidé la ciencia de la consolación.
Hoy del dolor unánime de muchos corazones
hace para él un solo dolor mi corazón.

—

Y como así es mi vida, y como no consigo
fiar mi pena al sueño, he abierto mi ventana
para quedarme en éxtasis frente al jardín amigo
é inebriarme en la lumbre de la luna, mi hermana....

14-Mayo-1908.



VIEJAS AMIGAS

Se han acercado, han llamado con sus dedos á las puertas
de la casa silenciosa que habita mi corazón
y me han tendido sus manos—¡sus manos flacas y yertas!—
y bajo la luz antigua de sus pupilas inciertas
han besado mis primeras canas de desilusión...

—

Volvían de no sé dónde, tal vez de un largo viaje
por los caminos secretos de la Gran Selva fatal.
El polvo de la jornada aun agrisaba su traje,
y en sus ojos, ya cansados de escudriñar el celaje,
un raro esplendor había como de viejo cristal...

—

¿De quiénes son estas bocas que besan tácitamente
el gris de mi cabellera? Estas sombras ¿quiénes son?
¿por qué me estrechan la mano y me acarician la frente
y me miran en silencio, largamente.. largamente,
como hermanas que tuviesen de un hermano compasión?....

—

¡Ah! sí, las recuerdo ahora: son las amigas muy viejas
que no olvidan el palacio de nieblas que tengo en mí;
son mis horas de otros días, mis ilusiones añejas,
sombras de mi sér que vuelven á renovarme sus quejas,
¡mis hermanas, las tristezas de lo mucho que sufrí!

—

Estas sombras de mí mismo se han reclinado en mi pecho
como arrecidas de frío, como muertas de inquietud;
sus labios han suspirado en la humildad de mi techo,
y mi pecho se ha sentido súbitamente deshecho
en un diluvio de llanto por toda mi juventud.

—

¡Qué extrañas revelaciones y cordiales confidencias
me han hecho discretamente, en voz muy baja después!
Por ellas supe que fueron explorando otras conciencias
y los países de bruma de otras almas y existencias
donde el dolor de ser hombre, dueño y señor también es...

—¡Pobre hermano taciturno! —me han dicho—Todo en la vida,
como tú, es obscuro y triste: ¡la sombra es universal!...
No hay una rama que tiemble perpetuamente florida:
¡ah! pero tienen muchísimos, más que la tuya, una herida,
una herida siempre abierta y una tristeza inmortal.

—

—¡Gracias! —he dicho á mis viejas amigas—Dadme un olvido
absoluto de las cosas y un postrer beso también.
Me han besado.. Ya estoy solo en la casa que he escogido,
y al hallarme así de nuevo, lentamente he sonreído,
porque sé que esas amigas, aunque ausentes, me aman bien.

Septiembre, 1909



SUENO ROSADO

A Mameng

En un fresco rincón de mi cerebro
yo veo dibujarse una casita,
á cobijo del palio de las cañas
que van besando la crujiente *nipa.*
Y suenan dulces músicas,
rumores de baladas campesinas
con las cuales se enlazan, palpitantes,
los arpegios del arpa de las brisas.
¡Milagrosa visión! ¡Egloga tierna,
que hace olvidar las penas de la vida,
y que pone simientes de cariño,
del corazón en las sonoras fibras!...

*
* *

¡Oh! La casa de nipa reaparece
nimbada de esplendencias siderales
y otra vez, como besos armoniosos,
suenan en torno mío mil cantares.
. . . . . .La casita se esfuma; calla el aura,
y con el aura las inquietas aves;
el éter se ilumina y entre ráfagas
de lumbre inexplicable,
surge el púbero rostro de una virgen,

hermosa como un ángel,
blanca como la flor de sampaguita
que aroma las campestres soledades,
latiendo amores en sus negros ojos
y en su boquita, besos inefables...

***

¿Es sombra la visión que me obsesiona?
¿Es quizás la quimera innominada
que propone á los hombres
los hondos jeroglíficos del alma? . . .
¡Yo no lo sé! . . . Pero, en la noche augusta,
cuando beso la flor de la esperanza,
yo sueño en esa virgen de ojos negros;
hacia ella van mis ansias,
y murmuro su nombre, y la idolatro,
cantándola mi amor al són del arpa.

***

¡Oh, mujer! ¿me amas tú? He ahí el misterio
he ahí la espina que me punza el alma. . .
¡Arráncala! tú sola hacerlo puedes,
tú sola puedes ahorrarme lágrimas.

S. Fernando, Pampanga, Enero, 1899.



LA PRIMERA TARDE

A Carmen

El rudo corazón de la montaña,
que el sol de Oriente baña
en sus olas de chispas titilantes,
esconde en sus repliegues la casita
que tú, mujer bendita,
animas con tus ojos fulgurantes.

—

El aire tiene allí perfume agreste;
ecos de aria celeste
alegran aquel sitio nemoroso,
donde quizás, en su divino idioma,
te cuenta una paloma
del Amor el poema misterioso. . .

*
* *

¿Te acuerdas?—Era el río transparente,
caldeado el ambiente,
y casi gris é inmóvil el celaje. . .
Tú, sentada en la barca voladora,
dabas en aquella hora
tonos de rosa al tropical paisaje.

—

Cerca de tí, callado y pensativo,
permaneciendo esquivo

al cuadro de la tarde que moría,
buscaba auroras en tus negros ojos,
y de tus labios rojos
el hálito de fuego en mí sentía.

—

¡Y era de sangre el sol!. . . Después ¿qué hiciste?
Yo sé que tú leíste
con ansia pasional el *Sueño* mío;
sé que más de una vez nuestras miradas
brillaron enlazadas,
alumbrando las márgenes del río.

—

Sé que mi corazón, ebrio de anhelo,
en deliquios de cielo,
al sentirte tan cerca, se abismaba;
sé que el alma latíame intranquila,
viendo que tu pupila
la lumbre del crepúsculo besaba. . .

—

¡Hermoso viaje aquel en que las ondas
unidas á las frondas
salmodiaban estrofas de esperanza!. . .
¡Ojalá siempre guardes en tu mente
de aquella tarde ardiente
la imborrable y celeste remembranza!

*
* *

¡Oh! Si hasta ese rincón de la montaña
que oculta tu cabaña,

te persiguiera el desaliento frío,
recuerda la primera tarde hermosa
en que un *Sueño de rosa*
te habló de mis amores en el río.

19 Enero 1899.



AMOROSA

A Carmen

Vaga por esas selvas; sé la diosa
de la montaña que fecunda el sol.
¡En esas soledades no hay angustias,
ni llora el corazón!

—

Auras de paz y beatitud de cielo
besan allí tu inmaculada sien,
y el alba da á tus ojos luz de estrella,
y á tu boquita, miel.

—

El tedio de la vida allí no brota,
ni el desencanto fructifica allí.
¿Cómo, si hasta las hierbas de ese bosque
siempre me hablan de tí?

—

Yo sé que, en el silencio de la noche,
mientras en albo lecho sueñas tú,
la luna de los trópicos te oscula
desde el celaje azul.

—

Yo sé que en tu cerebro ya no duermen
los amorosos sueños del ayer;
yo sé que quieres aspirar los dulces
perfumes de otro Edén.

¡Ven á soñar en él... No es el desierto
en que muere de frío el corazón:
¡es un trozo de cielo, es tierra virgen
la tierra de mi amor!

—

Las lluvias de esa tierra son mis lágrimas,
sus auroras el fuego de mi amor,
y en el único nido que allí existe,
te espera el corazón.

—

Hay calores de sol en esa tierra,
pero es la luna la que falta allí...
¡Oh, Carmen! ¡sé la luna que hermosee
mis cielos de zafir!

—

Sé el germen y la luz de mis ensueños,
sé de mis flores el divino olor...
¡La vida es un calvario! ¡no me dejes
á solas con mi amor!

—

Escóndeme en tu pecho; que yo pueda
sus castas confidencias percibir.
¡Ahógame en tu amor! ¡yo necesito
morir ahogado así!

S. Fernando, Pampanga, Febrero 1899.



CONFIDENCIAL...

Escúchame: no esquives
mis confidencias íntimas
que quieren en tu seno
de virgen anidar;
no dejes que se pierdan
como las hojas pálidas
que de una rama vieja
separa el temporal.

—

Escúchame: tú puedes
con tus ternezas púdicas
dar alas á mis sueños,
dar vida á mi ilusión;
tú sola, en mis momentos
de soledad y lágrimas,
esplendes como un astro
aquí en mi corazón.

—

Ayer, cuando, vacío
de sensaciones plácidas,
mi pecho era un desierto
sin horizonte azul,
erraba con mis penas
por ese yermo lúgubre,

porque en mis pensamientos
aún no flotabas tú.

—

Mas hoy que en tí hallan vida
mis flores y crisálidas,
hoy que el amor me empuja
á idolatrarte á tí;
mis sueños son de rosa,
mis horas son espléndidas
y hasta te siento á veces
latir dentro de mí. . .

—

¡Oh! créeme, no miento,
ni son ansias tornátiles
las vehementes ansias
que nutren mi pasión.
Mi amor no tiene sombras
ni tardes melancólicas,
ni cubren frías nieves
jamás mi corazón.

—

Mi amor vibra la llama
del sol de nuestros trópicos,
mi amor es una eterna
caricia de placer. . .
¡Recíbela!. . . no quieras
que, cual las hojas pálidas,
se pierda en el vacío
y muera en la esquivez.

Escúchame: yo te amo
con la pasión frenética
que se deshace en besos,
que endulza hasta la hiel. . .
¡Yo no sé amar á medias!
Virgen del bosque, llévame
á ese país de rosas
para poderte ver. . .

—

Sí, verte y en los brazos
de un amoroso vértigo,
tenerte junto al alma
y hablarte de mi amor,
y luego, al ritmo suave
de mis secretos íntimos,
soñar que me amas mucho
como se quiere á un dios. . .

S. Fernando, Pampanga, Marzo 1899.



AÑORANZA

¡*Flor del bosque,* Carmeliña,
mi blanca y hermosa niña
dormida en mi corazón,
como duermen en tu frente
serena y resplandeciente,
los besos de la ilusión!

¡*Luz de cielo*, Carmelita,
pudibunda sampaguita
que dió su esencia á mi amor!
Ven, yo quiero que te apiades
de mis negras soledades,
de mi llanto quemador.

¡Ay Carmencita, ay Carmela,
sueño de rosa que vuela
dentro de mi corazón!
Vuélvete á mí que me muero
y que, muriendo, aún espero
revivir con tu pasión.

Dolorido y solitario,
de mi aspérrimo calvario
subiendo la cuesta voy...

¡Oh! ¿cuándo será que oíga
decirme tu voz amiga:
—*Regocíjate, aquí estoy?*

A solas con tu recuerdo,
á veces me hundo y me pierdo
en la noche del dolor,
buscando por entre abrojos,
bañada en luz de tus ojos,
una sonrisa de amor.

Hurgo el polvo del pasado,
y el idilio apasionado
vuelve sus alas á abrir;
pero cuanto más le veo,
más me atenaza el deseo,
más me aniquila el sufrir. . .

Y radiante y hechicero
torna aquel día primero
en que yo te conocí,
y se abren á mis miradas
las páginas sonrosadas
que leía junto á tí.. . .

¡Ay! mi amoroso delirio
es del alma hondo martirio
al tocar la realidad. . .
¡Ni un beso tuyo en mi boca!
¡ni un mimo que amor provoca!
¡sólo angustia y soledad!

De lo mucho que á tu lado
el corazón ha gozado,
sólo el recuerdo quedó;
recuerdo que nunca muere
cuando se adora y se quiere
cual te adoro y quiero yo.

Una frente pensativa,
una lágrima furtiva
del deshecho corazón
te hablarán con su lenguaje
de lo triste que es un viaje
tras una separación.

Yo prosigo mi jornada
aunque el alma destrozada
deje en mi senda al viajar,
porque sé, sin engañarme,
que no puedes olvidarme
ni yo dejarte de amar.

. . . .

¡Ay Carmela, Carmeliña,
mi casta y hermosa niña
adormecida en mi amor!
Duerme así, sueña conmigo,
mientras bebiendo prosigo
la cicuta del dolor. . .

Bayambang, Pangasinán, Agosto 1899.

PÉTALOS

A Carmen

El rizo de tu negra cabellera
que atan dos cintas de color de rosa
y guardo en la cartera
con que jugaba ayer tu mano hermosa,
está á mi corazón tan adherido,
te simboliza á tí de tal manera,
que, en mis ratos de angustia dolorosa,
cuando vibra mi pecho estremecido,
llego á ignorar si es mío ese latido
ó si es tu alma hechicera
la que late de amor en mi cartera.

—

Cada vez que sepulto entre mis manos
mi frente mustia y pálida
que lleva todo un mundo de doloras
escritas con la tinta de mis lágrimas;
cada vez que, abismado en tus recuerdos,
pulso las fibras íntimas del alma,
y, herido por tu ausencia, me desplomo
en los brazos del dios de las nostalgias...
yo te miro surgir junto á mi pecho
cual siempre enamorada,

y al ceñir con mis brazos la celeste
sombra evocada por mis vivas ansias,
siento que en mí penetra algo que es tuyo,
algo como el calor que exuda el alma
cuando todo su amor pone en un beso
ó en un abrazo que dos vidas ata...

—

En las hebras de nieve que la luna
cuelga de noche en el ambiente azul;
en la de los ocasos melancólicos
amortiguada luz;
en el brillo sedeño de los pétalos
con que exorna la flor su juventud,
encuentro el resplandor de tus pupilas
en que diluyes mil caricias tú...

—

Pasa la onda del agua por el cauce,
suena el beso del aura en el espacio,
y ni en las linfas ni en el aire dejan
recuerdos de su paso.
Pero pasa el amor, el amor íntimo
por las jóvenes fibras de dos almas,
y deja para siempre,
á despecho del tiempo y la distancia,
dos frentes, que adormece un mismo sueño,
dos labios que en un ósculo se enlazan.

*
* *

Dentro del corazón tengo una fibra
que es negra á veces y otras es de rosa:
cuando me miras tú, sonríe y canta,
cuando cierras tus ojos, gime y llora...

—

En mis ratos de angustia, que son muchos,
cuando el sombrío dios de las nostalgias,
á la luz moribunda de la tarde,
deja sus besos en mi frente pálida;
cuando en sus soledades y tristezas
mi fatigado corazón te llama
con el eco amoroso del reclamo
que destilan los nidos de las ramas:
Carmen, no sé por qué, pero es lo cierto
que oigo tu voz sonar enamorada,
hablándome al oído del poema
que siempre, al resplandor de la esperanza,
leíamos sin pena, hasta que el hado,
poniendo entre los dos tierra y distancia,
manchó con las negruras de la ausencia
los idilios de rosa de sus páginas...

—

La lumbre que en tus ojos centellea,
el latido tenaz del corazón,
el ósculo que rimas con tus labios...
eso me dice el alma que es amor.

—

La pena que corroe mis entrañas,
esta ansiedad de tí que siento yo,
mis lágrimas que queman... dime, Carmen,
¿no son también amor?...

Pálido y triste vegeta el lirio,
pálido y triste me encuentro yo;
¡y es que sin auras y sin ternezas
no vive el lirio ni el corazón!



Muerta mi calma, el corazón deshecho
en las rudas procelas del quebranto,
bebo las hieles de mi propio llanto
y me revuelvo insomne sobre el lecho.

El buitre del dolor rasga mi pecho,
busco en la soledad sereno encanto,
y sin saber por qué, de mí me espanto
y entre mis manos la cabeza estrecho.

Si deseo dormir, el sueño me huye
y me deja extenuado humedeciendo
con lágrimas de fuego mi almohada;

y sólo entonces, cuando el llanto fluye,
lleno de luz el corazón, comprendo
que es mi dolor la ausencia de mi amada...

—

Ese viento que gime es su suspiro,
esa luz sideral es su mirada,
y todo cuanto siento, escucho y miro
tiene algo del hechizo de mi amada...

—

Aquel *sueño de rosa* de otros días.
fulguración de un alma adolescente,

aun ilumina mi abatida frente
con resplandor de eternas alegrías.

Podrán matarme las angustias mías;
podrá el hado cruel é indiferente
arrojarme á la sombra eternamente
y exacerbar mis soledades frías.

Pero por cima del destino fiero,
á través del dolor y la distancia,
sobre el montón obscuro de mis ruinas,

irradiará ese sueño lisonjero
para embriagarme en su inmortal fragancia
y arrancar de mis sienes las espinas.

***

Un cielo azul con nítidas estrellas,
un campo con alfombras de esmeralda
y una casa gentil de líneas bellas,
puesta de un monte en la tranquila falda;
una mirada tuya, una sonrisa
con frescas suavidades de alborada,
una frase de amor que suene á brisa
y un alma tropical y apasionada...
eso en que tanto
cifro mi empeño
con mi ilusión,
es el encanto
y el dulce sueño
del corazón...

Dicen que las amargas lejanías,
mientras pasan los días,
entibian el cariño de las almas...
No lo creas, mi bien, ¿qué saben esos
del amor y sus puros embelesos?
¡Esos pobres ignoran que las palmas,
de distinto alborear á los reflejos,
pueden sentir y amarse desde lejos!
—Así yo que deploro
con toda la aflicción del alma mía
tu ausencia y lejanía,
á través del torrente de mi lloro
en que se ahoga el corazón herido,
te miro, y te idolatro... y no te olvido.

—

En los campos en flor las mariposas
voltean sin cesar,
y en las almas en flor vuela cantando
la pasión inmortal.
El campo se marchita; se hace polvo
la mariposa azul;
pero el alma, el amor nunca fenecen,
como en mi pecho no feneces tú...

En Gerona (Tárlak) y Bayambang (Pangasinán),
Agosto de 1899.

TU AMOR...

Virgen que fuiste aurora de mis ensueños,
vírgen de mis postreros días risueños:
el halo de tu frente no se ha borrado,
tú estás siempre conmigo y yo á tu lado,
bebiendo, rayo á rayo, la luz tranquila
que es música y perfume de tu pupila.

—

Yo latir te percibo bajo mi techo,
yo siento que me oprimes contra tu pecho.
y es tan hondo el cariño que te consagro
que mi pecho no estalla por un milagro.
Por tí yo amo la vida, por tí recuerdo,
por tí el dolor arrostro y el sueño pierdo;
y aunque ya no despliega en mi triste exilio
sus iriscentes alas el tierno idilio,
en el himno del aire, la flor y el astro
yo descubro tu imagen, miro tu rastro.

—

Tu amor es quien me inspira dulces estancias
y abrevia los dolores y las distancias;
tu amor me da energías contra el Destino
y salpica de rosas mi agrio camino,
y él es quien en mis horas crepusculares
serena la borrasca de los pesares.

—

Cuando mis alegrías el hado corta,
tu amor es quien me alivia, habla y exhorta,
y es que tú, que eres mía porque me quieres,
no estás hecha del barro de otras mujeres.

Tú eres la casta diosa de besos cálidos,
que reciben de lejos mis labios pálidos,
irradiación celeste del pensamiento
diluída en las fibras del sentimiento,
impoluto cariño que regenera,
que no tiene esquiveces y siempre espera. . .

—

Así, aunque agonizando en la lejanía,
comprende tus amores el alma mía.
¿Lo dudas?. ... No te engaño; tu amor sublime
como pasión de diosa, salva y redime.

Septiembre, 1901.



EL BESO SANTO

Hay un beso temblando en mis labios,
un beso escondido que nunca brotó,
que pugna por verse dormido en tu boca
ó tejiendo un nido en tu corazón.

Es un beso triste: me lo dió mi madre,
asida á mi cuello, antes de morir;
es un beso amargo que hasta ahora oculto,
pero que yo quiero que se infiltre en tí. . .

Dime si lo anhelas, dime si querrías
de ese beso triste la hiel y el dolor;
dime si tu pecho no ha de entristecerse
como mis ensueños y mi corazón.

Dime si la música de ese santo beso
te haría en silencio sufrir y llorar
como yo he sufrido, como yo he llorado
entre las tinieblas de mi soledad . .

Mi madre me dijo:—No des ese beso
sino cuando sientas verdadero amor,
cuando halles un alma igual á la tuya
que sueñe en tus versos y te llame dios.

Yo besé aquellos labios queridos
que mimaron de niño mi sien,
yo besé aquellos labios ya mudos
que cubría mortal palidez...

—

Recogí aquel beso, y me fuí llorando
por todas las sendas que me abrió el Amor,
con aquella herencia para mí sagrada
que oculté en el arca de mi corazón...

—

Sonreían todos los caminos: Eros
brindaba á las bocas su vaso de miel,
y en la luz del día todas las cabezas
parecían locas y ebrias de placer.

—

Manos de mujeres, manos perfumadas
ofrecían ramos de flores del Mal,
mientras por el aire iban los suspiros
llenos de pecado, quitando la paz...

—

Todas esas manos, todas me engañaron,
todas me arañaron en el corazón,
todas me pedían joyas y laureles,
¡lo que nunca tuve, lo que odio yo!...

—

¡Oh! pero tú sabes que el día más triste
de todos los días que he tenido yo,
te encontré á tí sola, te encontré llorando
por los infortunios de mi corazón.

Y vibró mi alma, y vibró la tuya
en una muy honda é igual vibración,
y no me pediste como aquellas otras
ni joyas ni lauros, sino sólo amor.

—

Y soñamos juntos, y en mis versos tristes
encarnóse entera toda tu ilusión,
y en plena borrasca de sangre y de fuego,
dejaste en mis labios tus besos de amor.

—

¡Ah! yo sé que tú eres esa alma simpática
de que habló mi madre antes de morir,
porque tú has soñado en mis pobres versos,
porque tú te has hecho muy igual á mí.

—

Por eso te envío, mojado en mis lágrimas,
pero entre los velos de hermosa ilusión,
el recuerdo santo de mi madre muerta,
el beso postrero que al morir me dió. . .

—

Y ese beso que tiembla en mi boca,
ese beso que nunca brotó
y que pugna por verse dormido
en tu pecho ó tus labios en flor;

—

ese beso triste que me dió mi madre,
asida á mi cuello antes de morir,
desde ahora, oh Mía, te lo entrego todo
para que mi madre también viva en tí. . .

❧ ❧ ❧

SALMO DE AMOR

Musa divina y única, sol de esplendores cálidos,
que haces brotar de mi alma y de mis labios pálidos
la fe y el beso del amor;
¡oh! tú, sombra arcangélica, que deshojando rosas,
pasas sobre mis noches insomnes y angustiosas
como un ensueño encantador . .

¡Oh! tú, mujer poética, vestida de albos lirios,
ardiente como el fuego de los sagrados cirios
sobre la piedra del altar;
visión de alas ingrávidas que cubres mis tristezas
y pones en mis manos la flor de tus ternezas
bajo la luz crepuscular. . .

Oye mis salmos jóvenes, oye mis nuevos cánticos,
la voz de mis delirios fogosos y románticos
como mi propio corazón.
A tí las blancas hostias de mi amoroso culto;
á tí los tristes cálices en que mi lloro oculto,
á tí mi beso y mi ilusión.

A tí la sangre férvida que corre por mis venas,
á tí todo el perfume que dan las azucenas,
hermanas tuyas en candor.
A tí el color de rosa que irradian mis lirismos,
á tí el arpa que llena de alegros los abismos
donde su trono alza el dolor.

A tí la regia pompa de los floridos Mayos,
á tí la áurea diadema, á tí todos los rayos
que vierte el sol primaveral;

á tí, vaso de gracias, el ámbar de las flores,
la esencia efervescente de todos mis amores,
á tí mi vida pasional.

—

A mí todo lo fúnebre, á mí el matiz sombrío,
la adelfa amarga y trágica, el páramo vacío,
la eterna bruma del pesar;
á mí todas las cosas que punzan y entristecen,
las aguas que se agotan, las flores que perecen,
¡la vida en manos del Azar!. . .

—

Yo soy el eco lúgubre de todas las angustias,
el alma dolorosa de las campiñas mustias
y de las selvas sin verdor;
yo soy el triste rápsoda de todas las desgracias,
ave de los ocasos, ave de plumas lacias,
ave muy negra de color. . .

—

A tí me acerco ¡oh Musa! para secar mi llanto,
á tí vuela mi espíritu, á tí sube mi canto
como una antífona de amor.—
Ven, oh mi sombra angélica, á deshojar tus rosas
sobre mi frente pálida, mis noches tenebrosas
y mi arpa muda de dolor.

—

Oye mis salmos jóvenes, oye mis nuevos cánticos,
la voz de mis ensueños febriles y románticos
como mi propio corazón. . .
¡A tí las hostias blancas que Amor alza á tu gloria!
¡á tí mis pobres versos, á tí mi triste historia!
¡á tí mi eterna adoración!



CORAZON TRISTE...

Dame tu mano... Así.. Yo estoy enfermo
de mal del corazón y de honda anemia,
y tanto pienso en tí, que apenas duermo
en mis noches de pálida bohemia...

—

Eternamente hundido en tu memoria
—el jardín más florido de mi vida—
á veces lloro por mi misma historia,
de sombras y de lágrimas ungida.

—

Aquél es el rincón... aquél el mueble
donde paso mis noches sin consuelo:
allí mi corazón se siente endeble,
y tiembla y muere en un perpetuo anhelo.

—

¿Y qué hacer si es así la vida mía?
¿cómo poner un freno á mis dolores,
si mi hermana mayor Melancolía
pinta con su color todas mis flores?

—

Yo digo versos, y los versos míos
salen llorando de mi boca loca...
¿Por qué no incendias tú mis labios fríos
con la llama divina de tu boca?.

Hace ya mucho que una sed me hostiga,
¡una sed infinita de tus besos! .
¿En dónde, en dónde está tu boca amiga
cuyo amor penetraba hasta mis huesos?

—

Soledad y dolor, insomnio y llanto,
y mal del corazón y triste anemia...
Tú no sabes cuán grande es el espanto
con que bebo el licor de mi bohemia.

—

Este es un vino amargo hecho de gotas
escapadas del alma y de mis ojos,
mas como están todas mis copas rotas,
lo recibo en mis manos, y de hinojos,

—

olvidando lo acerbo de sus heces
y prorrumpiendo en un sollozo largo,
en medio de espantosas palideces,
bebo sin protestar mi vino amargo...

—

Un demonio terrible, el de los celos,
ha exprimido su hiel en mi brevaje,
y ha puesto grandes sombras en mis cielos,
y ha sembrado de obstáculos mi viaje.

—

¡Oh vino de mis lágrimas y angustias
vertido á grandes chorros en mi lecho!
Lo hice del jugo de unas flores mustias
en el rincón más triste de mi pecho.

¡Ay, no lo pruebes tú!... Te abrasarías
el corazón, y en mí fuera delito
hacértelo probar... ¿qué ganarías
bebiendo ese licor que está maldito?

—

Pero dame tu mano... Estoy rendido,
hay un vacío en torno de mi vida,
y hay en mi pobre espíritu abatido
una desolación jamás sentida.

—

He caminado y he llorado mucho,
y ha sido tan inmensa mi tristeza,
que aunque por tí vuelvo á soñar y lucho,
ya tiene muchas canas mi cabeza.

—

Dame tu mano... Así... Soy un enfermo
que padece de insomnios y de anemia...
Dámela... Ya verás cómo me duermo
y hasta olvido el dolor de mi bohemia...



JARDIN MUERTO

Eres florida y lánguida: lucen tus ojos bellos
como azabaches puros, como cristal fluído
y bajan á tus hombros turgentes tus cabellos
con opulencias raras de ébano pulido.

Yo me extasío, y sueño, y caigo de rodillas
cuando del baño surges, riente y deliciosa,
llevando suavidades de felpa en tus mejillas
y en tus calientes labios la sangre de una rosa.

Eres florida y lánguida, eres la hermana eterna
de los nivosos lirios y las estrellas blancas,
y eres, en fin, tan tenue, tan flébil y tan tierna,
que dicen que suspiras cuando una flor arrancas.

Ven á vagar un rato por mis jardines muertos
donde tan sólo crecen las flores del olvido.
Las otras están secas, los búcaros desiertos,
disperso el polen de oro y el néctar consumido.

Pero si tú visitas mis tétricos jardines
y pones en mis tiestos tu mano compasiva,
retoñarán de golpe las rosas y jazmines
y volverá á los cálices la esencia fugitiva.

¡Pobres jardines míos, tan tristes y olvidados!
¡pobres jardines muertos que sólo á tí te esperan!
Pon en los tallos secos tus dedos satinados
para que otra vez vuelvan á ser lo que antes eran.

Riega con tus miradas las débiles raíces,
perfuma con tu aliento las pálidas corolas. . .
Así tendrán de nuevo mis búcaros matices
y no estarán mis tierras tan tristes ni tan solas.

—

Yo te abriré el camino, te brindaré mi mano,
irás, si así lo quieres, muy cerca de mi pecho;
te cuidaré en el viaje lo mismo que un hermano
y para tí mis brazos serán un nudo estrecho. . .

—

Yo apartaré las zarzas que hallemos en el viaje,
yo te daré mis besos cuando la sed te hiera,
y si el sol te quemase, yo velaré el celaje
con sombras arrancadas de mi existencia entera.

—

Pero entra sólo un rato en mis jardines muertos
hazles—¡por piedad, óyeme!—tu última visita,
para que reflorezcan los búcaros desiertos
y no haya nunca en ellos ninguna flor maldita. . .



DEL ENSUENO Y DE LA IDEA

Procedemos del misterio de dos mundos diferentes,
tú del mundo del Ensueño, yo del mundo de la Idea,
del Ensueño cuyas ánforas vierten rosas en las frentes,
de la Idea que en las cumbres de la Vida centellea.

—

Tú has nacido de las nupcias de dos besos y dos flores;
yo, en mi génesis, recuerdo dos sollozos y dos penas;
y si yo llevo á mis labios un brevaje de dolores,
tú en tu copa no has bebido más que jugo de azucenas.

—

Hombre soy y el hombre es fuerza, todo nervio y todo fibra;
mujer eres, y son todas las mujeres alma santa:
con mi verbo masculino todo cruje y todo vibra,
pero vuela tu palabra femenina, y todo canta.

—

Mis heráldicos clarines han sonado por la gloria
de lo real; pero tus arpas, en penumbras de misterio,
han gemido su aria única, su canción á la memoria
del Ensueño azul y plata, donde tú tienes tu imperio.

—

En tus manos florecidas como dos ramos de lirios
hay un triunfo de dulzuras—nieve, seda y terciopelo,—
trinidad que no conocen, en la cruz de sus martirios,
mis dos pobres manos fijas con dos clavos contra el suelo.

—

Yo ya sé que por tus ojos, por el cielo de tus ojos,
pasan blancas teorías de esperanzas é ilusiones,
como sé que por los míos, que el llorar ha puesto rojos,
no desfilan más que sombras, más que pálidas visiones.

Sí, venimos del misterio de dos mundos diferentes:
tú de arriba, yo de abajo, y no obstante, tú no ignoras
que se han hecho con el tiempo una sola nuestras frentes,
una sola nuestras vidas y unas mismas nuestras horas . . .

—

Se han fundido en uno solo el licor de los dos vasos;
mis clarines no discrepan del arrullo de tus liras,
y hoy tus pasos van por donde van é irán todos mis pasos,
y hoy suspiro con tristeza cuando tú triste suspiras.

. . . .

. . . .

—

Corazón, ya no irás solo por tus dédalos sombríos;
corazón, ya no irás solo por las selvas de la Vida:
tiene un único murmullo el cristal de los dos ríos
y el bouquet de dos ensueños una esencia confundida.

—

Allá lejos pasan almas y cariños . . . mariposas
que han volado separadas en versátiles vaivenes,
mientras nuestro amor sonríe sobre un tálamo de rosas
y no sabe de tibiezas, de falacias ni desdenes . . .

¡TARDE!

(POEMA VULGAR)

I

Arropado en mantón de negro estambre
y temblando de frío en su camita,
decía el pobre niño:—¡Mamaíta!
¡dame pan! ¡dame pan, que muero de hambre!
Era al rayar del alba: la mañana
amaneció fresquita,
enviando mil rayones de oro y grana
que penetraban con inquieto anhelo
por la abierta ventana
á través de la cual brillaba el cielo. . .
Fuera de la cabaña se sentía
el desperezo universal del mundo,
ese rumor de vida y alegría,
tanto más grato cuanto más profundo,
que nos hace querer la luz del día
y odiar el infecundo
sueño dormido entre la sombra fría. . .
En las ramas henchidas de botones
y de calientes nidos,
preludiaban su loca algarabía
los picos de los ágiles gorriones

que, ensayando mil vuelos atrevidos,
esponjaban sus cuerpos ateridos
por el rocío de la noche oscura,
en un baño de luz vibrante y pura
¡Bella resurrección!. . . ¡Ay! Entretanto,
con su voz casi débil é insegura,
que parecía tamizada en llanto,
gritaba sollozando en su camita,
de hambre y tal vez de miedo,
el desgraciado niño:—Mamaíta,
dame pan, dame pan, que ya no puedo.

*
* *

Y la madre, la madre compasiva,
viuda infeliz de un infeliz obrero
á quien dió sin reservas su cariño,
no sabiendo qué pan dar á su niño,
lloró á lágrima viva
y se dejó llevar de un dolor fiero...
—Hijo, no tengo nada—respondía—
mi caja está vacía,
y el último pedazo de pan duro
que nos dieron ayer, tú lo comiste;
fué tu cena de anoche. ¡te lo juro!...
Y habló, y se puso triste,
más triste aún que al comenzar su charla. . .
¡Daba pena el mirarla
sumida en esa angustia indefinible,
mezcla de extenuación y de mareo,
que produce en las almas el deseo

en su lucha brutal con lo imposible!
Y oyó otra vez, en el sosiego horrible
de su pobre mansión, la vocecita
que exclamaba, llorando:—¡Mamaíta,
dame pan, dame pan. . . mi hambre es horrible!

*
* *

¿Quién fué quien la inspiró? ¿quizá ella misma?
Misterio y nada más: acaso un rayo
atravesó de su cerebro el prisma
ó hiriendo de soslayo
su corazón por el dolor deshecho,
en el lienzo pintó de su memoria
los cuadros idos de su fresco Mayo,
algo que dentro de su pobre pecho
hurgaba el polvo de su amarga historia. . .
Ello fué que la madre, antes rendida,
como impulsada por resorte mágico,
se aproximó al camastro del hambriento,
y pegando la boca contraída
de un dolor vivo por el pliegue trágico
á aquél rostro ajado y macilento,
dijo con una voz entristecida
que murió transformada en un lamento:
—Oye, mi amor, mi vida:
quédate con tu ángel un momento;
voy á buscar lo que de mí reclamas. . .
¿No es verdad que me adoras con exceso?
¡Adiós! voy por tu pan: bésame ahora.
Y en la estancia, con ecos de dolora,
se oyó vibrar la música de un beso. . .

II

—¡Señor! ¿me conocéis? Yo soy María,
la esposa de Fabián el carpintero
aquél hombre tan bueno que sufría,
sin chistar, la labor de un día entero;
aquél que, trabajando en vuestra casa,
quizás en fuerza de su suerte escasa,
murió aplastado por un gran madero. . .
¡Señor, siquiera por mi muerto esposo,
dadme un trozo de pan, mi hijo se muere,
y él no quiere morir, señor, ¡no quiere!. . .
Y el Creso poderoso,
el infame y altivo millonario,
frunciendo el entrecejo borrascoso:
—¿Y á mí qué?—respondió—¡No tengo nada!
Y levantando el brazo temerario,
arrojó sin piedad de su morada
á la viuda infeliz del operario. . .



¿A dónde huyó la madre desolada,
la triste flor escuálida y marchita?
¿Fué tierra fecundísima ó maldita
la tierra en que cayó la hoja aventada?
¡Pobre María! . . . Su alma vehemente,
acostumbrada á mimos y ternezas,
quedó con la repulsa, anonadada,
y muda é inconsciente,
luchando con insólitas tristezas

que asaltaban su pecho de repente,
hecho un dédalo obscuro su camino,
se dejó conducir indiferente
por el impulso ciego del Destino,
como se deja el tamo campesino
arrastrar por las aguas del torrente.
Pálida la color, seca la boca,
en que morían, al brotar, sus quejas,
fué vagando al azar por las callejas
con el aire sombrío de una loca.
Y así anduvo María,
á cuestas con la cruz que la abrumaba,
sin saber el camino donde andaba
y sin saber tampoco lo que hacía;
hasta que una mujer, pobre como ella,
como ella falta de una buena estrella,
al verla melancólica y sombría,
interceptóla el paso,
y—¿A dónde vas—la dijo—tan aprisa? . . .
Oye, óyeme á mí. . . ¿sufres acaso? . . .
¿por qué no me contestas? . . .
E indecisa,
cual si acabara de salir de un sueño,
y con voz medio trémula y remisa,
—¡Ay! si supieras,—exclamó—¡qué empeño
tengo ahora en morir! . . . Yo no sabía
que fuera una agonía
para una madre, como yo, amorosa,
ver la lívida faz de un hijo hambriento
y no hallar una dádiva piadosa

con la cual mitigar su sufrimiento. . .
Para buscar un pan ¡cuántos rubores!
¡cuánto insulto cruel en pleno rostro!
¿Crees que son los únicos dolores
estos que yo, sin protestar, arrostro?
Si lo creyeras tú, te engañarías. . .
Hoy mismo, amiga, hoy mismo,
acaba de enconar las penas mías
el bárbaro egoismo
de esos ricos sin ley y sin conciencia,
que gastan un millón de tonterías
y niegan un centavo á la indigencia. . .
Llamé á una puerta de esas,
busqué á su dueño y le pedí, llorando,
al menos, las migajas de sus mesas;
le hablé de mi infortunio, de aquél hijo
que quedaba en mi casa sollozando, . . .
y. . . ¡ay, si supieras lo que el hombre dijo!
Rugió al oirme lo mismo que una fiera
herida por un látigo de hierro;
y, apartando mi mano pordiosera,
que le pedía un pan, un pan siquiera,
me arrojó de su casa como un perro. . .
¿Qué hacer? ¿dónde arrimarme?
—Toma, toma,
es lo que hoy, mendigando, he recogido—
replicó la otra pobre.
—Son dos piezas de cobre;
vé, compra algo para que el niño coma;
vé aprisa, te lo pido. . .

Y. . . besando la frente de su amiga
á tiempo que le daba aquel dinero,
la piadosa mendiga,
balbuciendo un adiós muy lastimero,
prosiguió su camino cotidiano,
—la ronda de los tristes indigentes,—
enjugando sus lágrimas ardientes
con el dorso curtido de la mano. . .

*
* *

Partió María. . . Su mortal tristeza
hízose, al parecer, menos aguda,
y ya en el interior de su cabeza
dejaron de empeñar lucha sañuda
su cariño de madre y su pobreza.
Compró un pan, que ocultó como un tesoro,
restañó de sus párpados hinchados
hasta la última gota de su lloro;
alisó sus cabellos desgreñados
durante el paroxismo de su pena,
y así, alegre y serena,
aunque descolorido aún el semblante,
penetró en su tugurio silencioso
y entreabriendo, anhelante,
la puerta del tabuco soledoso,
sin seguir adelante,
gritó con una voz que más bien era
un beso entre mil ráfagas de risa:
—Espera, hijito, espera:
voy con el pan á aderezar tu sopa;

cúbrete con tu ropa, . . .
y no llores, mi bien, que vuelvo aprisa.
Tornó á cerrar la puerta,
se dirigió corriendo á la cocina,
y en menos que se esfuma una sonrisa,
hizo brotar de la madera yerta
las rosas de la llama purpurina. . .

*
* *

Rimaba el fuego su canción cromática,
y en fuerza de escucharle crepitando,
el agua del puchero fué ensayando
su canturria inconexa y enigmática. . .
Al cocerse la sopa, murió el fuego,
y al morirse la lumbre, fué María,
camino del tabuco en que batía
sus invisibles alas el sosiego,
para dar al hambriento que dormía,
aquel manjar soñado,
despues de mil angustias conquistado.
—Despiértate, mi bien. . . ¡ya está tu sopa! . . .
Y tirando al chicuelo de la ropa,
prosiguió con solícita ternura,
entre suspiros rápidos y breves:
—Vamos. . . ¿aún no te mueves? . . .
Dió un suspiro otra vez y contemplando
al niño, cuyo rostro sonreía,
exclamó, levantándose María:
—¡Pobre! ¡estará soñando
con su ángel custodio todavía!

Y se alejó del lecho suspirando. . .

. . . .

Volvió después y reanudó anhelosa
con más ternura que la vez primera,
su instancia cariñosa
que henchía el aire de la choza entera.
El niño no quería estar despierto;
entonces ella descompuesta y loca,
amarilla la faz como la cera,
dióle un beso. . . mas ¡ay! su amante boca
tocó algo frío y yerto
como la masa dura de una roca,
¡algo que ella adoró y estaba muerto!

III

¡Oh! ¡la dicha! ¡la dicha! Luz querida,
que alucinas al débil como al fuerte:
tú eres una ficción mientras hay vida,
y tan sólo verdad no desmentida
en la noche solemne de la muerte.

28 Marzo 1901.



HORA CÁLIDA

¡Oh calor de la siesta filipina,
calor de corazón, calor de fragua,
en que hierve en la copa cristalina,
con temblores estuosos, hasta el agua!

Una suave molicie que alucina
irrumpe en nuestra carne, y la cabeza,
como agobiada de sopor, se inclina
florecida de rosas de pereza.

Hay como una decadencia en las pupilas
húmedas de pasión, y mientras fiera
la luz solar sobre las cosas arde,

beben las almas graves y tranquilas
el vino del Ensueño y la Quimera
en el cálido vaso de la tarde....

Octubre 1908.



ESMERALDAS

Estas son las maléficas, las piedras inquietantes
de fulgencias extrañas; piedras alucinantes
que son como pupilas de arañas fascinantes
al acecho de las pobres moscas errantes.

—

Tienen las aguas verdes de los charcos perversos
donde hay flores malignas en los tallos inmersos;
charcos de que se escapan los demonios adversos
cuando envenar quieren las rosas ó los versos.

—

No les redime ¡no! de su color fatal
su engarce en un hiératico anillo episcopal:
hacen el mismo daño, y esas piedras del Mal
tienen la verde y bruta sonrisa de Belial.

—

Verde... color de ajenjo, color de la locura
de las gargantas ebrias, y color de la impura
piel de los feos sapos que dan asco y pavura
al saltar por el limo de la ciénaga obscura.

—

Verde... color amado de la fatalidad,
matiz que está tejido de rayos de maldad.
Piedra verde, esmeralda ¿qué honda perversidad
emana de tu glauca y bruja claridad?....

—

Esmeraldas: quizás por un supremo arcano
esté unido á vosotras todo destino humano....
No lo sé, pero os juro que vuestro brillo insano
es para mí de un muerto como el mirar lejano....

1908

No, no te rías...

Hombre «tenaz y justo»,
hombre que pasas formidable y adusto
bajo el manto solemne de tus filosofías
y en el sereno ritmo de tu andar augusto:
¡piedad! No te rías,
no te rías de mis pobres y largas melancolías,
¡ellas, las suaves!
¡ellas que se escapan del nido de mi alma
como blancas aves
que extendiesen sus plumas por el aire en calma!....
¡Oh! no, no te rías,
no te rías de mis pobres y quietas melancolías.

—

Si es un temor, nada temas
de mis dolores pequeños:
mi sollozo no puede llegar á tus empeños
ni ha de robarte la clave de tus sutiles problemas.
Estos frágiles ensueños
que nacen como irradiados de un leve claro de luna
ó del temblor azuloso del cristal de una laguna,
¿qué daño pueden causarte?
dime sin mentir ¿qué daño?
¡Si son los hijos únicos de mi cariño al Arte!
¡Si son no mas que estelas de un propio desengaño!

—

Si escudriñas el fondo de tu memoria,
verás en lo más hondo
de ese fondo
que es mi melancolía propiciatoria.

Está donada á todo
y á todos por igual: á los caídos
sin esperanza de salir del lodo;
á los muertos de muerte infamatoria
en la cruz de los póstumos olvidos;
á los que han sido heridos
al beber en el cáliz de la gloria....
¡Oh, no, no te rías,
no te rías de mis buenas y justas melancolías.. .

—

Son flores de piedad
que una mano—la mía—enternecida
deja, en la soledad,
sobre el ara tan negra de la vida.
Mi sabio y grave filósofo: no te impido que medites
en la esencia de las cosas;
pero no quites, no quites,
por tus vagos entimemas y tus lóbregos sorites,
mis ramos de frescas rosas
en que han de libar amor,
en sus noches tormentosas,
las pobres almas que estrujó el dolor
y también....las mariposas.

—

Lo diré si no sabes,
te diré mis secretos:
por esas urbes y por esos setos
¡cuántos hombres sin hogar y sin nido cuántas aves!
Para este grande montón
de tantos seres dispersos
son mis flores y mis versos:
(¡un jardín y un corazón!)
Coge tus viejos manuscritos,
tus palinsestos é incunables
y lee á Hegel ó á Platón;
piensa en los dioses infinitos,

las entelequias inefables
ó la genial trasmigración.
Pero no cojas, no cojas,
tú que me inquietas con tu sabiduría,
la flor que nace de mi melancolía:
¡tus sabios dedos pueden secar todas las hojas!..

—

Deja que llegue el viento,
la mariposa de alas de color
ó un hambriento
de cordial simpatía, y me roben la flor:
bendeciré al rapaz,
—granuja astroso, céfiro fugaz
ó mariposa de rubí —
pero no puedo bendecirte á tí....
No te bendigo, no; mas no te rías,
de mis viejas y buenas melancolías,
¡ellas, las suaves!
¡ellas que han cantado en el rosal de mi alma
como blancas aves,
y me han dicho al oído cómo se llora en calma!

Septiembre, 1909



A RIZAL

¡Todavía sufrimos!..Fiero látigo
otra vez nuestras frentes ensangrienta,
y en nuestro hogar bendito,
en el polvo sagrado de tu huesa
han descansado sus hirientes garras
águilas carniceras.

—

¿Oyes? Es el tronido de la lucha;
es tu raza oprimida que protesta,
vibrando con el arma
tu verbo redentor en la contienda....
¡Raza de bravos que aprendió en tus libros
á quebrantar cadenas!...

—

¡Oh! ¡si pudieras aun, mártir preclaro,
mover tu pluma, azote de los déspotas!....
Tal vez el rayo ardiente
de tu robusto acento contuviera
la inicua espoliación y los voraces
instintos de la hiena.

—

Pero ¡no!...Aleccionada por tí mismo
y avezada al combate y la tormenta,

de pié y puesta en las nubes
la siempre altiva y varonil cabeza,
sabrá morir ó conquistar la gloria
tu raza gigantesca...

. . . .

—

¡Paz á tí que ya has muerto!...
Cuando escuches
himnos grandiosos en tu noche eterna,
despiértate: es que entonces
habrá lucido el alba en nuestra tierra;
es que habrán perecido en nuestros campos
las águilas sangrientas....

Gerona, Tárlak, 22 Diciembre 1899.



Invocación á Rizal

(En el 40.o aniversario de su nacimiento)

Te invoco—¿por qué no?—Yo necesito,
en el fiero dolor que me atenaza,
hablar contigo que dejaste escrito
el evangelio libre de tu raza.

—

Nuestra tierra, la tuya, aun ¡ay! padece.
La úlcera social que combatiste
ha retoñado, y se exacerba, y crece
como en aquel ayer obscuro y triste.

—

¡Ah! Mi dolor es grande... Yo te invoco,
yo te conjuro á tí: ¡sal de la tumba!
En todo lo que siento, miro y toco
hay algo que se pudre y se derrumba.

—

Infúndenos tu aliento; danos fuerza
para afrontar este turbión deshecho;
haz que el árbol reciente no se tuerza
ni que la fe agonice en nuestro pecho.

—

La maldad gana adeptos, Judas vive,
cunde como la peste el servilismo,
y en esta confusión, hay quien concibe
como utopia suicida el patriotismo.

¡Y te nombran los viles!....¡qué sarcasmo!
¡qué insulto para tí que despertaste
el alma popular de su marasmo
y que nunca á los fuertes adulaste!...

—

Impide nuestra ruina, danos fuerza
para afrontar sin miedo el torbellino;
haz que el árbol nativo no se tuerza
ni que yerren las almas su camino.

—

No nos duele el calvario: si es preciso
que se prolongue el sacrificio ¡sea!
Corone nuestras frentes el citiso
que puede redimir como la idea.

—

Mándanos tu firmeza invulnerable,
tu desprecio al patíbulo y las balas,
tu fe en la Libertad, que fué inviolable,
tu espíritu, tus fibras y tus alas.

—

¡Oh! ¡Que en el porvenir que se prepara
sean días de triunfo nuestros días!
¡Que no llore jamás María Clara
sobre el cadáver del patriota Elías!...

19 Junio 1901.

KALIPULAKO

Señor de Máktan, ¡gloria!
¡gloria á Kalipulako!. . .
Digo, á los cuatro vientos, un himno á tu memoria
tan ilustre y eterna como la de Espartaco.

—

Eres como el emblema
de las razas que ponen su fe en la libertad
y pasan, siempre en gloria, por sobre el anatema
de los bárbaros de ahora y de la vieja edad. . .

—

Fuiste un rebelde. . . ¡Gloria!. . .
Donde tu hogar pusiste,
no toleraste huellas de inconocido pié;
y aunque después la suerte de tu pueblo fué triste,
en cambio, el laurel ínclito para tus sienes fué.

—

Fuiste un caudillo bravo
como el «tamaraw» fuerte del bosque secular;
y pues nunca arrastraste los grillos del esclavo,
tu orgullo de hombre libre te dió sed de luchar.

—

Tu coraje en la pugna vieron mil ojos zarcos
(Pigaffetta es testigo),
y al clangor de las trompas, salieron por los arcos
á clavarse tus flechas en el torso enemigo.

Cual fieros jabalíes
combatieron tus hombres. Eran sus lanzas duras,
y en su acumen fulgieron sanguinosos rubíes
que antes empurpuraron extrañas armaduras.

—

Al final, un rugido
dió á los aires el bélico y ronco caracol. . . .
Magalhaes doblada su cuello, malferido,
y vió Kalipulako que á su hierro teñido
de sangre, un lauro de oro ceñía el viejo sol. . .

—

Señor de Máktan, ¡gloria!
¡gloria á Kalipulako!
Que Bathala ¡oh Rebelde! bendiga tu memoria
tan ilustre y excelsa como la de Espartaco

Octubre 1908.



A Magát-Salamat.

En este tiempo de los maleficios,
del Rey Dólar que inspira á la Autocracia
y somete al dolor de los suplicios
el alma de la antigua Democracia;

en esta flojedad de nuestros nervios
que ya no se sublevan, sobresales,
¡oh hijo de aquellos régulos soberbios,
honor de nuestros días ancestrales!

Mi boca libre te reclama un grito,
grito de imprecación para el ultraje,
apóstrofe que impida el gran delito
de atar tu predio á largo coloniaje.

Grito que nos remembre aquellos otros
que fueron como el trueno en las montañas,
cuando tus hombres, en salvajes potros,
hicieron lanzas de las verdes cañas;

cuando sonó el «tambuli» en la espesura
y se agrupó la tribu antes esclava,
para ganar la gloria de la altura
agotando las flechas de la aljaba...

Caudillo: dí á tu raza que despierte,
que levante su tienda en la planicie,

que torne á ser, como el abuelo, fuerte,
y no quiera ser libre en la molicie.

Caudillo: por las ondas del espacio
y el río saturnino, venga tu alma
á encender nuestro espíritu rehacio
porque entró en el Mar Muerto de la calma...

Y tú no fuiste así, que aún tu protesta
estalla en los clarines prehistóricos
y tienen los laureles de tu gesta
inmanentes fulgores meteóricos.

Tu nombre implica para mí el prestigio
de los fuertes «molawes» centenarios
que reciben el sol en su fastigio
y desprecian los vientos procelarios.

Tú no cediste al canto de sirena
del primer amo que mandaba Europa;
repudiaste el denario y la cadena,
y marchaste á la brega con tu tropa.

Ya sé que te mataron...Pero es gloria
morir por lo que se ama, vida adentro.
Tiene un centro cada hombre, y en la historia
soló vive quien muere en ese centro.

¡Magát-Salamat! Da á mi boca el grito
que salió de tu pecho ante el ultraje,
y dí á todos los débiles:—¡Maldito
quien amarre su hogar al coloniaje!...

Agosto, 1910.

A ANDRES BONIFACIO,

fundador del Katipunan

Brazo del Pueblo, padre del rojo Katipunan,
quebrantador del bárbaro dogal y la mordaza:
por tí bocas fraternas sus salmos hoy aunan
y el Hogar arde en fiestas y en santo amor la Raza.

—

Que te consagren flores las rojas gumamelas
y tejan bellas púrpuras de gloria los ocasos:
para tus hombros fuertes esas heroicas telas,
y esas flores de lucha para alfombrar tus pasos.

—

Que no tengan más gesto que el tuyo nuestras manos;
que no haya un nervio flojo dentro de nuestros músculos;
y aprendan por la Patria á morir tus hermanos
en las severas máximas que encierran tus opúsculos.

—

Nada pudieron sátrapas contra tu acción invicta;
la Libertad te hacía señales desde lejos;
obedeciste el signo, irguióse la Vindicta,
y mordieron el polvo todos los dioses viejos.

—

En el choque tremendo tu brazo fué bandera;
Balintawak, el foco de las vindicaciones,
y tu grito llenaba de bravos la trinchera,
que, siendo antes corderos, vencían á leones.

—

No te dobló la Vida con su fatal instinto
ni te atajó la duda de si luchabas solo:
es que en tu pecho había una fe, y en tu cinto
temblada por ser libre el hierro de tu *bolo*.

¿Qué importaba á la Causa lo obscuro de tu origen?
¿qué importaba que fueses desconocido obrero?
Los fueros de Justicia y Libertad no exigen,
para triunfar, ser grande. ¡Tú eras el pueblo entero!

—

De lo pequeño surge á veces una gloria
y de la gota de agua lo inmenso de los mares.
Humilde fué tu cuna, mas ya consta en la historia
que tu humildad, luchando, salvó nuestros hogares.

—

Así fueron tus gestas laurel del proletario,
orgullo de los míseros esclavos de la gleba,
terror del monaquismo, muerte del victimario
y anunciación gloriosa de una alborada nueva.

—

Nueva, porque la hacía el golpe de tu hierro;
nueva, porque acababa la noche de las almas,
nueva, porque la Patria salía de su encierro
para agitar al aire sus victoriosas palmas.

—

No lo dudes... Entonces, desde el misterio ignoto,
bendijeron tus armas y fe nuestros abuelos,
que nunca su grillete vieron limado y roto
bajo el palio divino y azul de nuestros cielos.

—

Bendijeron tu brazo cuantos murieron antes
y, aunque muertos, sintieron que tú los libertabas,
y su voz fué la misma que en trágicos instantes
te anunció la victoria final mientras luchabas.

—

¡Victoria, sí, victoria! Porque aunque renovado
el yugo que padece tu raza todavía,
ya no hay nadie que calle ante el insulto airado
ni corazón que acepte ninguna tiranía.

Tus banderas dan sombra al viejo lar nativo;
tu evangelio es arado que nuestras vidas labra,
y cuanto más el látigo restalla vengativo,
más esperanzas cifra el pueblo en tu palabra.

—

No han de morir las razas que el tiempo ha promovido
á las más altas cimas de la constancia humana:
para ellas no hay fracaso, no hay muerte, no hay olvido,
para ellas es la gloria del hoy y del mañana.

—

Es que tu gesto crispa de anhelo nuestras manos;
es que tu sangre viene, fogosa, á nuestros músculos;
es que hasta en las miserias que sufren tus hermanos
ruge el trueno de vida que lanzan tus opúsculos.

—

Héroe del Pueblo, padre del rojo Katipunan,
quebrantador del fiero dogal y la mordaza:
esas manos morenas que en torno á tí se aunan
están jurando el pacto de hacer grande á la Raza.

—

Ellas te ofrecen ramos de gumamelas rojas;
ellas te dan la sangre que tiñe los ocasos;
ellas te dicen juntas que ya no caen flojas,
sino que alzan banderas en donde están tus pasos.

—

¿Qué importa á nuestra Causa lo obscuro de tu origen?
¿Qué importa que hayas sido desconocido obrero?....
Los fueros de Justicia y Libertad no exigen,
para triunfar, ser grande. ¡Ya es tuyo el pueblo entero!

4 Dic. 1910.



A LOPEZ JAENA (*)

Esta canción de mis labios
brota de un íntimo amor
y está llena del rubor
de tardíos desagravios.
¿No fuiste tú de los sabios
paladines de otra edad
que, en horas de tempestad,
tuvo en Europa la Raza?
¿No fué tu pecho coraza
de la patria libertad?

¿Es que la lumbre maestra
de tu bizarra oratoria
no daba lampos de gloria
para tu frente y la nuestra?
¿Fué, quizás, que, en la palestra
abierta en extraño suelo,
tan sublime era tu vuelo
y tan fiera nuestra suerte
que no nos dejaban verte
los llantos de nuestro duelo?

(*) Poesía declamada por la Srta. Natividad Ocampo el 8 de Febrero de 1914, en la función que, en honor al malogrado Patriota, se efectuó en el Opera House.

Hoy que en tu hogar han nacido
flores de recordación,
¡cuánto duele al corazón
la ofensa de nuestro olvido!
Y al pensar que tu encendido
verbo se alzó hasta el Poder
en el triste anochecer
de la Patria adolorida,
más nos remuerden la vida
nuestros desdenes de ayer.

—

Por lo grande de tu fama
perdona á los que pecaron
y, al fin, tus aras buscaron
para encenderse en su llama.
Dáles la misma oriflama
que enarbolaron tus manos,
y en los bríos soberanos
de tu fuerte juventud,
haz que pongan su virtud
las almas de tus hermanos.

—

De tu asombrosa campaña
nos queda el recuerdo vivo
y su fragor combativo
en el ámbito de España.
Tu pluma fué una guadaña
para oprobiosas doctrinas,
y en el camino de espinas
que recorriera tu fe,

tu eterna divisa fué
el amor á Filipinas.

—

Te persiguió la pobreza,
te acosó la enemistad,
mas nunca la adversidad
llegó á doblar tu cabeza.
Pudo ser que la tristeza
impregnase tu labor;
pero era tal el fervor
que te guíaba al combate,
que fué, no valla, acicate
de tu empeño, tu dolor.

—

Se embotaba toda flecha
en el hierro de tu escudo,
y así Filipinas pudo
mirarte firme en la brecha.
Relampagueante y deshecha
aullaba la tempestad,
mientras tú, en la mocedad
de tu espíritu bizarro,
tirabas dioses al barro
por la diosa Libertad.

—

¿Qué te importaba que fuera
duro y brutal el asalto,
si se estremecía en lo alto
la gloria de tu bandera?
Y no cediste, y tu fiera

audacia de paladín
pedía un són de clarín
á la Patria inolvidada,
¡y la respuesta esperada
era un lamento sin fin!

—

¿Qué hacer?... ¿Rendir la tizona
y quebrarla en dos pedazos,
si no podían los brazos
conquistar una corona?
No así. Tú abriste otra zona
á tu heroica exaltación,
y cuanto más la legión
adversa te acometía,
más hambre ardiente sentía
de luchar tu corazón.

—

¡Oh corazón denodado
que en la cruzada moriste,
cuando la hora era más triste
en nuestro Hogar desgraciado!
¿No fuiste acaso un cruzado
magnánimo de otra edad,
que en días de tempestad
tuvo en Europa la Raza?
¿No fué tu pecho coraza
de la patria libertad?

—

Por eso, porque en olvido
te pusieron tus hermanos,

hoy te dedican sus manos
flores del suelo querido.
Nada de tí se ha perdido
en los choques del vivir;
y tal queremos sentir
el amor que te tenemos,
que á tus plantas dejaremos
los lauros del porvenir.

Febrero, 1914.



LAS DOS HOCES

(Para la joven revista "Alma Moderna.")

I

Parece la fragua el ojo cerrado
de un muerto titán,
y el yunque parece un pico en silencio
de un ave anormal. . .
En un negro rincón duerme el mazo
que otros días batiera el metal. . .
¡Cómo duele esta paz de la fragua! . . .
¡cómo duele esta paz! . . .

—

¡Hola, herrero! ¿qué tienes? ¿qué inercias
han ganado tus músculos hoy?
Tus brazos semejan dos ramas tronchadas,
dos angustias largas de una abdicación. . .
¡Levántate, herrero!
Haz que de la fragua resucite un sol;
enarbola el mazo y así junto al yunque,
entre rojos halos serás como un dios. . .

—

Ha soplado el fuelle sobre los carbones;
ya la roja llama crepitando está;
sobre el recio tórax del despierto herrero
hay como una bella púrpura imperial. . .

El mazo es tu cetro;
¡oh herrero! comienza de nuevo á reinar,
y en tus brazos aprendan los flojos
á batir y forjar. . .

II

—Toma este oro—le digo al herrero—
y forja una hoz.
—Yo no soy un orfebre—me dice—
que herrero yo soy.
—Forjarás la segur; los orfebres
no pondrían en mi oro un vigor.
Ellos saben de ajorcas y anillos,
de segures, no.
Yo no quiero mi oro para hacer joyeles
que tengan el brillo de una tentación;
yo no quiero mi oro para que me muerda
la interior serpiente que mordió á Shylock. . .
Resuélvete, herrero,
mientras en la altura nos sonríe el sol;
coge el oro mío con tus manos rudas
y forja una hoz. . .

—

¡Cómo irradia la hoz hecha de oro
y tiembla el metal
con su luz de ideal novilunio
rielando en el mar! . . .
En mis manos pone no sé qué virtudes,
y en mi pecho enciende nueva claridad,

y en su empuñadura siento que palpita
el misterio fuerte de una inmensidad. . .

III

—He aquí el hierro—le digo al herrero—
y forja otra hoz
—Ya me duelen—contesta—los brazos
y débil estoy.
—Forjarás la segur: ¿no recuerdas
que el hierro es tu honor,
que del hierro has vivido, y el hierro
dió á tu fragua inmortal tradición?
Herrero: á toda hora
es el hierro quien manda: ¡es el dios!
Si te cruzas de brazos, si doblas
el cuello al sopor,
en tu abulia torpe ya no escucharás
la solemne voz
del hierro, tu amigo. . . Escúchame, herrero,
y forja otra hoz.

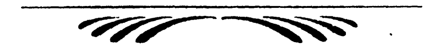
—

La segunda segur, la de hierro,
fabricada está.
Es como la ceja borrascosa y dura
de un fiero titán.
En mis manos tiene brillo de relámpago
y en mi pecho enciende redentor afán,
y en su empuñadura, cuando yo la cojo,
siento el loco empuje de una tempestad. . .

IV

Ya están en mis manos las dos sacras hoces
que el herrero anónimo para mí forjó:
la de hierro duro, que es mi fortaleza,
y la de oro fino, que es mi ensoñación.
La segur más grácil, para cuando quiera
cercenar un lauro ó una flor de Amor,
para el santo muérdago de la vida íntima,
y para el ensueño de mi corazón;
y la más robusta, para las podridas
ramas que del árbol la ignominia son;
para las raíces de la mala hierba
que la gloria roban de la mies en flor,
y para los cuellos del halcón y el lobo
y el áspid traidor. . .

13 Mayo 1914.



ÍNDICE

Páginas

ERRATAS

Página 10.—Primera estrofa, verso segundo: dice «los flores solitarias»; debe decir «las flores etc.»

Página 32.—Segunda estrofa, segundo verso: dice «Sueña la flor»; debe decir «sueña la flor.»

Página 42.—Segunda estrofa, verso segundo: dice «se halla clave»..., debe decir «se halla la clave»...

Página 45.—Verso duodécimo, dice «¡que no te robe etc», debe decir «¡que no le robe etc.»

Página 166.—Estrofa segunda, primer verso: dice «Se han fundido etc», debe decir «Se ha fundido.»

Página 186.—Segunda estrofa, tercer verso: dice «Magalhaes doblada etc». debe decir «Magalhaes doblaba etc.»

Página 188.—Penúltima estrofa, cuarto verso: dice «soló vive etc», debe decir «sólo vive etc.»

